

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo: **JUAN SEBASTIÁN GÁLVEZ POZO**, con CC. 172036512-9, autor del trabajo de graduación intitulado: **“LA ESTRUCTURA DEL LENGUAJE Y SU ARTICULACIÓN CON LA RESPONSABILIDAD SUBJETIVA”**. Estudio realizado desde la teoría psicoanalítica, previa a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGO CLÍNICO**, en la Facultad de **Psicología**.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE, el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, junio 2018



JUAN SEBASTIÁN GÁLVEZ POZO
CC. 172036512-9



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**LA ESTRUCTURA DEL LENGUAJE Y SU ARTICULACIÓN CON LA
RESPONSABILIDAD SUBJETIVA**

Estudio realizado desde la teoría psicoanalítica

JUAN GÁLVEZ

DIRECTORA: MTR. VIRNA PINOS

QUITO, 2018

Dedicatoria

*Para David. Nunca se olvidan los primeros pasos, porque son los que declaran un camino.
Estás en cada sonrisa cálida, en cada gesto gentil, en todos los rostros amigos
y en ninguno...*

No hay verdades absolutas; todas las verdades son medias verdades. El mal surge de quererlas tratar como verdades absolutas (Whitehead, 1985, p.16)

Agradecimientos

A mis padres, por su sacrificio por sus hijos

A mi tía Elizabeth, por su generosidad ilimitada

A mis hermanos Pablo y Santiago, incondicionales.

A mis amigos, colaboradores de este trabajo seguramente sin saberlo

Gracias

Índice

Introducción.....	1
Planteamiento del problema.....	2
Objetivos.....	3
Metodología.....	3
Capítulo 1: La estructura del lenguaje.....	4
1.1 La estructura del lenguaje en Freud.....	4
1.1.1 Aparato del lenguaje.....	4
1.1.2 Aparato psíquico de la Carta 52.....	8
1.1.3 Aparato onírico.....	9
1.2 La estructura del lenguaje en Lacan.....	14
1.2.1 Antecedentes en estructura y lenguaje en Lacan.....	14
1.2.2 La estructura del lenguaje propia del psicoanálisis.....	30
Capítulo 2: La responsabilidad subjetiva.....	52
2.1 La responsabilidad subjetiva en Freud.....	52
2.1.1 Determinación inconsciente.....	53
2.1.2 Responsabilidad de lo inconsciente.....	56
2.2 La responsabilidad subjetiva en Lacan.....	58
2.2.1 Determinación del sujeto.....	58
2.2.2 La función de libertad.....	63
2.2.3 Una responsabilidad insoportable.....	70
Conclusiones.....	74
Recomendaciones.....	77
Bibliografía.....	78

Resumen

Este trabajo presenta una articulación posible entre las nociones de estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva en la teoría psicoanalítica, específicamente en lo que a las obras de Freud y Lacan se refiere. Para ello planteamos un recorrido bibliográfico a través de textos puntuales que recogen los aportes que consideramos pertinentes para ambas nociones, para luego relacionarlas.

En el capítulo 1, *La estructura del lenguaje*, comenzamos por revisar la obra de Freud, específicamente aquellos textos que tratan los llamados *aparatos freudianos*. Nuestro interés en este punto es plantear una correspondencia entre los aparatos y el posterior trabajo de Lacan acerca de la estructura del lenguaje. Luego, nos dirigimos a la obra de Lacan para reconocer la especificidad de la estructura del lenguaje que él propone para el psicoanálisis, no sin antes hacer una breve revisión de los antecedentes que consideramos indispensables para comprender la propuesta de Lacan.

En el capítulo 2, *La responsabilidad subjetiva*, seguimos el mismo orden que en el capítulo anterior, es decir, primero revisamos la obra freudiana, para posteriormente pasar a Lacan. Para pensar la responsabilidad subjetiva, tratamos dos relaciones que configuran este capítulo de la disertación. La primera es la relación determinación-libertad y la segunda libertad-responsabilidad. Planteado en estos términos, el problema de la responsabilidad subjetiva en las obras de Freud y Lacan debe zanjarse sabiendo que, si bien el hombre está determinado, es igualmente responsable. Por lo tanto, con el orden ya anticipado, revisaremos las ideas de determinismo en términos psicoanalíticos, para de allí pensar la responsabilidad que se deduce del psicoanálisis.

Finalmente, retomamos las ideas fundamentales de cada capítulo para posteriormente presentar una propuesta de articulación entre las nociones de estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva, producto de la lectura llevada a cabo.

Introducción

Iniciamos este trabajo de disertación estimando algunas de las razones que sustentan su realización. En primer lugar, en cuanto a una justificación social, este trabajo coincide con el Plan Nacional para el Buen Vivir, guía directriz del desarrollo nacional en el contexto sociohistórico ecuatoriano actual. Específicamente con el empeño que el objetivo cuarto del plan presenta, a saber, “fortalecer las capacidades y potencialidades de la ciudadanía” (Senplades, 2014, p.157). Este objetivo pretende encauzar al estado hacia la llamada sociedad socialista del conocimiento, que se sostiene bajo la premisa del paso de una economía de recursos finitos a una de recursos infinitos, es decir de conocimiento. Una de las estrategias que plantea el gobierno para lograr este objetivo es incentivar la investigación científica responsable con la sociedad y la naturaleza. Además, este impulso al conocimiento ha de enfocarse en el eje de la libertad individual y social que demanda necesariamente la emancipación del pensamiento, la cual, evidentemente, conlleva en alguna instancia el cuestionamiento de la acumulación individual e ilimitada de recursos, de la desigualdad social y como corolario atiza una transformación económica y productiva. (Senplades, 2014).

Este trabajo de disertación se sintoniza con las pautas marcadas por este objetivo del Plan Nacional porque está planteado como una investigación que pretende generar conocimiento y, por lo tanto, es un modesto aporte a la transformación económica y social que este busca. Además, siendo que la propuesta de este trabajo descansa su posición ética sobre el campo del psicoanálisis, se produce otra afortunada concordancia, ya que el psicoanálisis, en su diferencia con los llamados “dispositivos psi” (Braunstein, 2013), abre los oídos ante el cuestionamiento hacia el sujeto moderno, independiente y amo de sí mismo y revela aquellas disposiciones que lo preceden y de las cuales es un efecto. Entonces, la ética del psicoanálisis “no es la ética de la moral reinante regida por el poder y la moral del amo. No es esa moral tradicional que exige una compatibilidad de nuestra acción con las normas morales que imponen el orden de los poderes y los bienes” (Bicecci, y otros, 2007, p.79). Consecuentemente, abre vías idóneas para que la interrogación social, moral e ideológica se susciten, es decir, afianza un escenario para la libertad individual y social. Esta interrogación evidentemente transporta consigo la tan ansiada emancipación del pensamiento. Sin pretender igualar en la ecuación el lugar de la interrogación

con un cuestionamiento al modo de producción, si se presenta como una condición necesaria para que sea posible la problematización de un sistema de acumulación ilimitada de recursos, y por ende de la desigualdad social también.

Para hablar de las razones teóricas que sustentan la pertinencia de esta disertación consideramos en primer lugar que a nivel nacional no existen trabajos que hayan abordado la relación responsabilidad subjetiva-estructura del lenguaje desde la teoría psicoanalítica. Por lo tanto, esta disertación propone una mirada inédita en el contexto ecuatoriano que plantea una posible lectura de la relación entre estos conceptos. Y, si bien a nivel internacional hay aproximaciones que implican dichos conceptos, estas se realizan con alcances e intereses distintos. Entonces, si es cierto que existen abordajes previos de los conceptos que animan esta disertación, la propuesta de este trabajo apunta a renovar estas relaciones conceptuales, buscando profundizarlas y esclarecerlas desde una revisión particular de las obras de Freud y Lacan. De esta manera, se pretende cimentar la posibilidad de una formación teórica rigurosa, desde una posición determinada y a la expectativa de la interpelación de otro.

En un nivel personal, esta disertación se justifica y cobra sentido en el proyecto de fundamentar una formación en teoría psicoanalítica que se construya al compás del rigor científico y de la interlocución con el otro. Como fundamento de este deseo de formación en psicoanálisis, se encuentra una decisión existencial de mantener insistentemente la función de la interrogación en todo pueda dar cuenta, siempre desde la racionalidad.

Planteamiento del problema

Esta disertación contempla un recorrido bibliográfico a través de las obras, tanto de Sigmund Freud como de Jacques Lacan, que recoja y articule las ideas de ambos autores alrededor de las nociones de estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva.

Esta información es contextualizada dentro del marco conceptual que sostiene el psicoanálisis. En esta aproximación, se atiende a conceptos necesarios para esta investigación tales como significante, estructura, inconsciente, sujeto, deseo, falta entre otros. En cuanto a los aspectos secundarios de la disertación, se considerará la tangencia que se produce entre los conceptos a articular y la ética propia del psicoanálisis.

La pregunta que guiará la investigación es: ¿Cuál es la relación entre las nociones de estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva en la teoría psicoanalítica?

En esta investigación no se profundiza en otros conceptos psicoanalíticos fuera de los que se presentan en la pregunta guía de la investigación y tampoco se toman en cuenta aportes teóricos distintos de la teoría psicoanalítica, con la intención de mantener la coherencia epistemológica y la especificidad a lo largo de la investigación.

Objetivos

General: Exponer la relación entre estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva en la teoría psicoanalítica, específicamente en las obras de Freud y Lacan.

Específicos:

- Revisar los aportes teóricos de Freud y Lacan sobre la estructura del lenguaje.
- Conocer los aportes teóricos de Freud y Lacan acerca de la responsabilidad subjetiva.
- Relacionar las nociones de estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva según los aportes teóricos de Freud y Lacan.

Metodología

Para este trabajo se dispuso un recorrido bibliográfico acucioso, principalmente de las obras de Freud y Lacan, focalizado en aquellos textos que precisan los conceptos centrales de esta disertación, es decir, estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva. A partir de esta revisión bibliográfica, se plantean posibles respuestas a la pregunta que guía esta investigación, a saber ¿cuál es la relación entre las nociones de estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva en la teoría psicoanalítica? Es así que la investigación sigue el método descriptivo, en tanto pretende delinear los rasgos que caracterizan a los conceptos a estudiar, así como el método correlacional, puesto que busca el grado de relación entre los conceptos que animan esta disertación.

Capítulo 1: La estructura del lenguaje.

1.1 La estructura del lenguaje en Freud

1.1.1 Aparato del lenguaje

Para hallar una correspondencia entre el pensamiento freudiano y una noción de estructura conviene partir del así llamado aparato del lenguaje¹. Freud, en su trabajo sobre las afasias, propone comprender las perturbaciones del lenguaje según el funcionamiento de un aparato abstracto, el aparato del lenguaje, el mismo que encontramos descrito en un fragmento del tratado acerca de las afasias, incluido en la edición de Amorrortu de las Obras Completas de Freud en el Apéndice C. Palabra y Cosa, anexo al texto “Lo inconciente” (Freud, 1984c).

En este pequeño fragmento, Freud procura examinar aquellas hipótesis que necesita para sostener su aparato del lenguaje, comenzando por suponer que para la psicología la función del lenguaje es la palabra, que vendría a ser una representación compleja compuesta por elementos acústicos, visuales y kinestésicos. Esta primera hipótesis sobre la constitución de la palabra está concebida desde el estudio de la patología, “que nos enseña que en caso de lesiones orgánicas en el aparato del lenguaje sobreviene una fragmentación del habla siguiendo esta composición” (Freud, 1984c, p.208).

Más adelante en el texto, Freud dice que suelen citarse cuatro componentes de la representación-palabra: 1. la imagen sonora, 2. la imagen visual de letras, 3. la imagen motriz del lenguaje y 4.

¹ Antes de dirigirnos propiamente al aparato, resulta oportuno examinar el contexto en el que fue formulado. Para ello nos debemos remitir al primer libro escrito por Freud, su monografía sobre las afasias, publicada en 1891. Para ese entonces, Freud se encontraba en una transición que sería capital para la historia del pensamiento humano. Había ya vuelto de su viaje a París, donde se instruyó con Charcot y Bernheim, experiencia que le llevó a cuestionar los estrictos principios bajo los cuales había transcurrido su formación inicial, según la escuela de Helmholtz – escuela con sólido fundamento en los principios mecánicos. Vemos evidencia de tal transición en el hecho de que en su monografía utiliza “el lenguaje técnico de la psicología «académica» de fines del siglo XIX” (Freud, 1984c, p.207), gesto sutil de un desplazamiento fuera del campo de la fisiología e histología, campos en los cuales se le consideraba una autoridad. En lo que Freud no fue sutil fue en que en este texto formula la primera crítica a la doctrina casi universalmente aceptada sobre las afasias, la teoría de Wernicke-Lichtheim, contraponiendo al cada vez más dificultoso esquema de localizaciones de esta teoría una explicación de índole funcional.

la imagen motriz de la escritura. Además, esta composición se revela aún más intrincada al momento en que se considera el complejo sistema asociativo que se revela en las operaciones lingüísticas que nos presenta Freud. A continuación, repasamos la descripción del proceso de asociación propio de cada operación lingüística para elucidar el funcionamiento del aparato.

En cada operación, Freud se interesa en el proceso de aprendizaje que sobreviene a cada una, lo cual significa establecer una condición necesaria para todo el aparato, el otro, *donde* está el *saber* que se aprende, condición que pasa casi desapercibida en este momento, pero que cobra su valor eventualmente. Siguiendo esta línea general, comienza por la operación lingüística del habla. “Aprendemos a hablar en cuanto asociamos una «imagen sonora de palabra» con un «sentimiento de invención de palabra»” (Ibid., p.208). Aunque desestima el valor que puede tener el “sentimiento de invención”, no lo descarta totalmente y lo toma como uno de los posibles componentes en la vía asociativa, razón por la cual lo veremos incluido en las siguientes operaciones. Volviendo a lo que nos ocupa, Freud nos dice que luego de haber hablado, entra en juego un nuevo elemento motriz asociado, la representación motriz del lenguaje y se recibe la imagen sonora de la palabra que se acaba de pronunciar. En este momento del aprendizaje no es necesario que esta imagen sonora sea idéntica a la que se intenta imitar, sólo debe estar asociada a ella.

La siguiente operación es el aprendizaje del lenguaje de los otros, que es efecto del esfuerzo del niño por hacer que la imagen sonora que él produce se parezca en lo posible a la que escucha del otro. Este momento particular del habla es el que Freud llama el “pos-hablar”. Posteriormente, en el “hablar sintáctico”, el niño aprende a juntar las palabras entre sí, para lo cual es necesario esperar la llegada de la imagen sonora y/o la representación motriz del lenguaje de la anterior palabra para proseguir con la siguiente².

² En este punto Freud se percató de la múltiple determinación presente en las operaciones del habla, introduciendo el término alemán *überbestimmt*, sinónimo del término “«überdeterminiert» {sobredeterminado}, (...) frecuentemente utilizado en los escritos posteriores de Freud para expresar la idea de la causación múltiple” (Ibid., p.209).

Para aprender a deletrear es necesario enlazar las imágenes visuales de las letras con nuevas imágenes sonoras que evocan a los sonidos de palabras ya registrados. Por esta razón, luego de pos-hablar la imagen sonora que corresponde a la letra, esta viene a estar comandada por dos imágenes sonoras y por dos representaciones motrices que se corresponden entre sí.

Aprendemos a leer cuando ensamblamos entre sí, acorde a ciertas reglas, la “sucesión de las representaciones de inervación de palabra y motriz de palabra que recibimos a raíz de la pronunciación de las letras aisladas, y ello de tal suerte que se engendran nuevas representaciones motrices de palabra” (Ibid., p.209). Al momento de haber pronunciado la nueva representación motriz de palabra, encontramos que tanto la imagen motriz y la imagen sonora de palabra ya le son conocidas al niño desde hace tiempo, por lo cual el significado enlazado a los sonidos de palabra ya conocidos se asocia con estas dos imágenes.

Para el aprendizaje de la escritura, imitamos las imágenes visuales de las letras por medio de imágenes de inervación de la mano hasta producir imágenes visuales en correspondencia con las primeras que, aunque estén asociadas a ellas, no necesitan ser iguales.

Gracias a este minucioso examen de las operaciones lingüísticas, Freud llega a la concepción de la palabra como una representación sumamente compleja en sus diversas funciones, en cuanto requeriría un complicado proceso asociativo que involucra elementos visuales, acústicos y kinestésicos. Con este fundamento, se plantea el problema de la significación de la palabra. En el aparato del lenguaje, la palabra cobra significado gracias a su enlace con la “representación-objeto”, por lo menos en lo que a los sustantivos se refiere³.

³ En una nota al pie del texto, James Strachey nos ofrece una invaluable contextualización acerca de la especificidad que se pierde en la traducción al castellano de “*Objektvorstellung*” por “representación-objeto”.

“En la tradición filosófica alemana, *Objekt* denota más bien el objeto construido en el proceso del conocer; *Gegenstand*, en cambio, designa eso que está ahí, enfrente; un objeto del mundo. Por otra parte, *Ding* indica la cosa material, en tanto que *Sache*, es la cosa del pensar, la cosa humana, y tiene además la connotación de “«escorzo concreto» (...)” (Ibid., p.211).

Así como la representación-palabra, la representación-objeto es un conglomerado de asociaciones visuales, táctiles, acústicas, kinestésicas, etc. En este punto Freud acude a la filosofía para aclarar esta idea, admitiendo que la representación objeto es eso, justamente una representación, y que la impresión de que lo que se percibe es en realidad una “cosa” (*Ding*), sobreviene a causa de que, a partir de las impresiones sensoriales recibidas de un objeto del mundo, se admite la posibilidad de nuevas impresiones en la cadena asociativa. Por lo tanto, la representación-objeto no es cerrada, mientras que la representación-palabra si sería algo cerrado, pero “susceptible de ampliación” (Ibid., p.212). A partir de estas elaboraciones, Freud nos ofrece un esquema gráfico en el que pone en relación los elementos representación-palabra y representación-objeto.

Esquema psicológico de la representación-palabra.

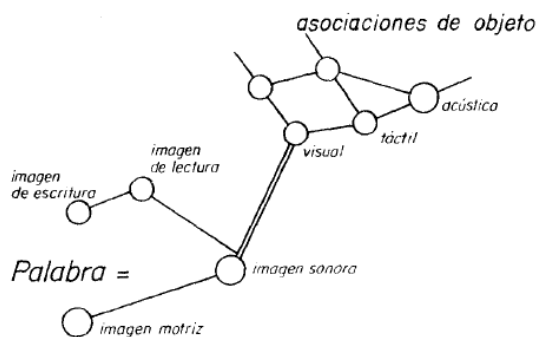


Figura 1. Esquema psicológico de la representación palabra. (Ibid., p.212)

El esquema bosqueja las relaciones entre la representación-palabra como un conjunto cerrado de representación compuesto por cuatro elementos y la representación-objeto, que aparece como un “complejo asociativo de las más diversas representaciones visuales, acústicas, táctiles, kinestésicas y otras” (Ibid., p.211), que siempre admite recibir nuevas impresiones, es decir, un conjunto abierto. Ahora bien, del esquema se sigue que la imagen sonora subroga a la palabra, mientras que, en las asociaciones de objeto, son las visuales las que vienen a dominar al objeto. Asimismo, basándose en su esquema, Freud introduce una importante hipótesis, “la representación-palabra se anuda por su extremo sensible (por medio de las imágenes de sonido) con la representación-objeto”, hipótesis que le servirá para establecer una nueva nosología para los trastornos lingüísticos.

1.1.2 Aparato psíquico de la Carta 52

Según entendemos, el siguiente texto en las Obras Completas de Amorrortu que continúa la idea de estructura en la obra freudiana es el fragmento de la misiva dirigida a Wilhelm Fliess con fecha 6 de diciembre de 1896. Allí Freud actualizaba a Fliess en el progreso de su teoría. Fliess, médico con quien Freud compartía la formación helmholtziana, fue particularmente importante para Freud en esta época, en tanto fue “todo su público” (Jones, 1984, p.229) en ese periodo, aunque “la ayuda propiamente intelectual solo podía ser mínima” (Jones, 1984, p.230).

Freud comienza con la exposición de la hipótesis de que el *mecanismo psíquico* al que ha llegado “se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción*” (Freud, 1986a, p.274). Freud mismo nos advierte sobre el punto innovador que promueve esta hipótesis, que es el hecho de que “la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos.” (Freud, 1986a, p.274). Basado en esta tesis, Freud propone tres posibles transcripciones de signos en el aparato, ligados a unos portadores neuronales. Para explicarlo, Freud nos ofrece la siguiente ilustración:

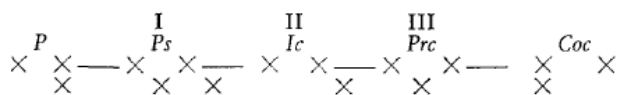


Figura 2. Aparato psíquico de la Carta 52 (Ibid., p.275).

Freud explica los elementos del esquema desde la izquierda. **P** hace referencia a las neuronas donde se generan las percepciones ligadas a la conciencia. Estas neuronas no conservan huellas de lo que las afecta, es decir “conciencia y memoria se excluyen entre sí.” (Ibid., p.275). **Ps** se refiere a signos de percepción, que viene a ser la primera transcripción de las percepciones, totalmente inconsciente, y articulada por una asociación por simultaneidad. **Ic**, la abreviación para inconciencia, es la segunda transcripción y está ordenada según otros nexos, distintos a los de Ps, tal vez causales dice Freud. **Prc** significa preconciencia, que es la tercera “retranscripción”, relacionada a representaciones-palabra y “correspondiente a nuestro yo oficial” (Ibid., p.275). La preconciencia viene a ser un “lugar” desde el cual las investiduras “devienen concientes de

acuerdo con ciertas reglas” (Ibid., p.275). Freud nos aclara que este momento de conciencia-pensar es de efecto posterior en el orden del tiempo -*nachträglich* es el término que allí utiliza- “probablemente anudada a la reanimación alucinatoria de representaciones-palabra, de suerte que las neuronas-conciencia serían también neuronas-percepción y en sí carecerían de memoria” (Ibid., p.275), es decir, podemos vincular estrechamente la percepción y conciencia, difiriendo según un orden de tiempo.

Siguiendo la explicación, Freud dice que cada transcripción se relaciona con las épocas sucesivas de la vida, de manera que a cada frontera de transcripción de material psíquico le corresponde el tránsito de una época a otra en un orden cronológico. Además, dice que en el aparato existe la tendencia hacia la nivelación cuantitativa, es decir que cada “traducción” o retrascrición nueva toma para sí la excitación de la anterior. Pero, de no producirse la traducción para cierto material psíquico, regirá para el proceso excitatorio las leyes y las vías que correspondían para el periodo psíquico anterior. El truncamiento del proceso de traducción es lo que Freud entendía como represión en ese momento.

1.1.3 Aparato onírico

Para hablar del aparato onírico es necesario remitirse a La interpretación de los sueños (Freud, 1984b), específicamente a la sección B. llamada “La regresión”, del capítulo VII, Sobre la psicología de los procesos oníricos. Al inicio de la sección, Freud nos ofrece un resumen de los principales resultados de su investigación acerca de los sueños hasta ese momento del texto. Este resumen presenta cuatro ideas principales:

1. “El sueño es un acto psíquico de pleno derecho.
2. Su fuerza impulsadora es, en todos los casos, un deseo por cumplir.
3. El que sea irreconocible como deseo, así como sus múltiples extravagancias y absurdos se deben a la influencia de la censura psíquica que debió soportar en su formación.
4. Además del constreñimiento a sustraerse de esta censura, cooperan en su formación un constreñimiento a la condensación del material psíquico, un miramiento por su figurabilidad en imágenes sensibles y -aunque no como regla- un miramiento por dar una fachada racional e inteligible al producto onírico” (Freud, 1984b, p.527).

Ahora bien, toda la argumentación que suscita este fragmento apunta a explicar el carácter más llamativo y general del sueño, el hecho de que “un pensamiento, por lo común el pensamiento deseado, es objetivado en el sueño, es figurado como escena o, según creemos, es vivenciado.” (Ibid., p.527-528). Para explicar esta condición característica del sueño, Freud se detiene en dos particularidades llamativas que encuentra tanto en el ejemplo del sueño del “hijo que se abrasa”, como en el sueño de “la inyección de Irma”. En ambos, Freud distingue la figuración del pensamiento onírico como situación presente y la trasposición del pensamiento a imágenes visuales y dichos. Antes de continuar con la explicación que aquí nos ocupa específicamente, será provechoso examinar la condición de figuración del pensamiento onírico como presente, dado que nos revela el cuidado que puso Freud en la composición lingüística del texto del sueño y evidencia la concepción que está desde el inicio en torno a la idea de aparato psíquico, es decir el aparato psíquico como un sistema de transcripciones, de escritura. Entonces, seguimos a Freud cuando toma como ejemplo el sueño de la inyección de Irma para percatarnos que:

el pensamiento onírico que alcanza la figuración es una oración desiderativa: «¡Ojalá que Otto sea el culpable de la enfermedad de Irma!». El sueño suplanta el optativo y lo sustituye por un presente indicativo: «Sí, Otto es culpable de la enfermedad de Irma» (Ibid., p.528).

Esta variación es la primera que el sueño impone, aún en los sueños menos desfigurados y es también la presentación del sueño diurno. No olvidemos que “el presente es el tiempo en que el deseo se figura como cumplido” (Ibid., p.528), y el presente se presenta como un modo lingüístico.

Para continuar con el entendimiento del aparato del sueño, Freud añade que, aunque la condición de trasposición del pensamiento a imágenes visuales sea la más general en los sueños, no todos sufren esa trasmudación. Incluso en sueños que sí se presentan de tal forma, existen elementos que no llegan a presentarse como algo sensible, sino que son solamente pensados. De igual manera, esta trasmudación de la representación en imágenes sensibles no es exclusiva del sueño, como nos lo demuestran las alucinaciones o las visiones que ocurren en estado de vigilia en personas “sanas” y “enfermas”.

Teniendo presente estos elementos, Freud se consagra a la explicación de este fenómeno partiendo de una observación de G. T. Fechner⁴, que reza así, “el escenario de los sueños es otro que el de la vida de representaciones de la vigilia” (Ibid., p.529). A partir de esta concepción, Freud propone la idea de una localidad psíquica y demarca la espacialidad a la que se refiere:

Queremos dejar por completo de lado que el aparato anímico de que aquí se trata nos es conocido también como preparado anatómico, y pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad psíquica como si fuera anatómica (Ibid., p.529).

Advertidos del terreno que abandona, Freud nos sugiere seguir un famoso símil para explicar las características del aparato psíquico. Debemos imaginarnos el aparato como si se tratase de un microscopio compuesto o algo semejante. Entonces, la localidad psíquica pertenecería a un lugar en el interior de un aparato “en el que se produce uno de los estadios previos de la imagen. En el microscopio y el telescopio (...) estas son en parte unas localizaciones ideales, una zona en la que no se sitúa ningún componente aprehensible del aparato.” (Ibid., p.530). Esta es una espacialidad que no es la de la tridimensionalidad, sino que es virtual, inaprehensible sino con relaciones lógicas entre zonas abstractas, que busca sobre todo hacer inteligible “la complejidad de la operación psíquica descomponiéndola y atribuyendo a componentes singulares del aparato cada operación singular” (Ibid., p.530). Es oportuno señalar la similitud de esta demarcación con la propuesta de Freud en su monografía sobre las afasias, crítica de la localización anatómica que proponía la teoría de Wernicke-Lichtheim.

El aparato psíquico es imaginado entonces como un instrumento compuesto de elementos de aquí en adelante llamados instancias o sistemas Ψ . El supuesto que hace operar este complejo de sistemas es el de que hay una orientación espacial fija, como la de los lentes en un telescopio, a consecuencia de la cual una excitación recorre los sistemas en una determinada serie temporal. Además, si se acepta el principio que dice que toda actividad psíquica parte de estímulos - internos o externos- y termina en inervaciones, entonces el aparato tendrá un extremo sensorial así como un extremo motor. En el extremo sensorial se ubica el sistema que recibe las percepciones y en el extremo opuesto, es decir, el motor, se encuentra otro sistema que permite

⁴ Gustav Theodor Fechner (1801-1887), filósofo, físico y psicólogo alemán, padre de la psicofísica. Freud se refiere a él como “el gran G. T. Fechner” (Freud, 1984, p.529).

la motilidad. En general, el proceso psíquico transcurriría desde el extremo de la percepción hacia el de la motilidad.

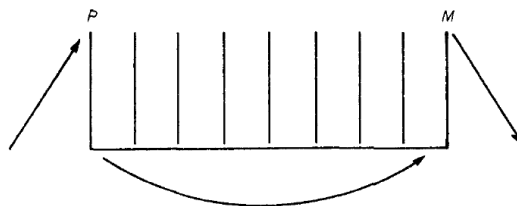


Figura 3. Esquema general del aparato psíquico. (Ibid., p.531).

Este modelo pide la diferenciación, presente también en la Carta 52, necesaria para la concepción de la memoria como función referida a una huella mnémica, la cual implica a su vez la existencia de un sistema que sea capaz de conservar las alteraciones sobre sus elementos como también de estar siempre abierto a nuevas posibilidades de alteración. Esta diferenciación debe ubicarse, como es evidente, en el extremo sensible del aparato. Para solucionar este problema Freud supone que existe un sistema en el extremo delantero del aparato que recibe los estímulos pero que no conserva nada de ellos y por lo tanto carece de memoria y, por consiguiente, existe otro sistema detrás de éste que transfiere la excitación momentánea primera a huellas permanentes, es decir memoria. Estas funciones, figuradas en base al esquema general se muestran así:

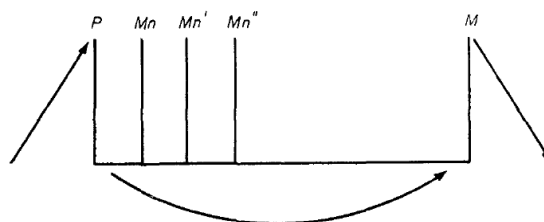


Figura 4. Aparato psíquico en términos de los sistemas percepción y memoria (Ibid., p.532).

Considerando esta diferenciación, Freud medita sobre el hecho de que, a parte del contenido de las huellas mnémicas, el aparato conserva algo más, que Freud define como el enlace que existe entre las percepciones y lo bautiza como “asociación”. Pero ¿cómo se ordena o de qué depende la asociación entre elementos singulares Mn? Freud plantea que la asociación consiste en la reducción en la resistencia y de facilitaciones que permiten que desde un elemento Mn, la excitación se propague a un segundo elemento Mn en vez de hacia un tercero. La naturaleza de

los enlaces en el recorrido de la excitación sería diversa. El primer caso de asociación del material mnémico sería por simultaneidad, que sería el caso de los elementos que están en el primer sistema mnémico. En los siguientes sistemas, los más profundos, el ordenamiento Freud dice que predominarían “relaciones de semejanza u otras” (Ibid., p.532). En base a esto, se añade el supuesto fundamental, ya conocido, que afirma que los sistemas memoria y conciencia se excluyen entre sí.

Con el fin de elucidar otro componente del aparato, Freud regresa hacia las investigaciones sobre el sueño, concretamente a la suposición de las dos instancias necesarias para la formación del sueño, “una de las cuales sometía la actividad de la otra a una crítica cuya consecuencia era la exclusión de su devenir-conciente” (Ibid., p.534). Freud nos recuerda que, la instancia criticadora mantiene una relación más estrecha con la conciencia que con la instancia criticada, y además esta instancia sería aquella que guía el obrar consciente.

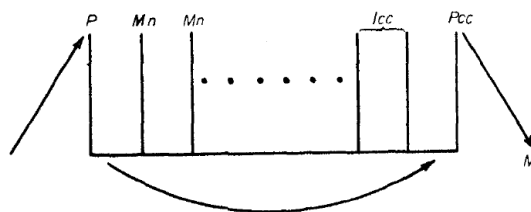


Figura 5. Aparato con la sustitución de las instancias dilucidadas por la investigación del sueño (Ibid., p.534).

Con la presentación de este último esquema, Freud procede a ubicar en la espacialidad del aparato a la instancia criticadora como una pantalla entre la instancia criticada y la conciencia, justo en el extremo motor. Ahora bien, siguiendo el esquema, nos percatamos de la inclusión de las dos instancias ahora como sistemas, y su nombre está dado en función de su relación con la conciencia. Entonces, el sistema ubicado en el extremo motor es llamado preconciente, con la intención de indicar que los procesos de excitación que operan en él pueden llegar a la conciencia sin mayor dificultad, siempre y cuando se cumplan ciertas condiciones. Asimismo, el preconciente es entonces el sistema que regula la actividad voluntaria. El sistema que está detrás es llamado inconciente, en cuanto no tiene la posibilidad de acceder a la conciencia si no es por medio del preconciente, en el cual la excitación recibe modificaciones.

Volviendo a la explicación del carácter alucinatorio de los sueños, Freud nos recuerda que durante la vida de vigilia la censura de la resistencia opera sobre los pensamientos oníricos obstruyendo su acceso a la conciencia. Pero en la noche, el camino a la conciencia se abre para los pensamientos oníricos. Sin embargo, esta condición de disminución del trabajo de la censura al dormir no basta para explicar la trasposición de representaciones a imágenes sensoriales.

Entonces, la solución que Freud encuentra es que en estos casos la excitación tomaría un camino de reflujo, es decir, en lugar de que se propague hacia el extremo motor del aparato, se propaga hacia el extremo sensorial para alcanzar en último término al sistema de las percepciones. Gracias a esta observación, se establece que en el aparato existe una dirección progrediente y otra regrediente, que en suma indicaría el trayecto “desde algún acto complejo de representación hasta el material en bruto de las huellas mnémicas que está a su base” (Ibid., p.536). Tanto la marcha hacia atrás como la condición de que en el sueño se mude la representación en una imagen sensorial no son exclusivas del sueño, como nos lo demuestran el sueño diurno o las alucinaciones de la histeria y la paranoia. Finalmente, Freud propone la posibilidad de que la mudanza de los pensamientos oníricos a imágenes sensibles se produzca como consecuencia también de cierta atracción provocada por recuerdos inconscientes que tienen que ver con escenas infantiles.

1.2 La estructura del lenguaje en Lacan.

1.2.1 Antecedentes en estructura y lenguaje en Lacan

1.2.1.1 Saussure y Lacan

A propósito de lo que se sabe de la relación Saussure-Lacan se puede decir que, a pesar del intento de demarcación que hace Lacan con respecto a la lingüística y, algunas veces en especial con Saussure, es mucho lo que le debe, teóricamente hablando, tal como nos lo atestiguan varias referencias que él mismo hace en su obra. Es así que se asume que existe algún camino epistemológico a seguir entre Saussure y Lacan. Por lo tanto, el motivo de esta sección es el de

tratar de cumplir la utópica tarea de precisar los conceptos saussureanos de los cuales se sirvió Lacan para proponer su teoría y, más específicamente, el concepto de estructura del lenguaje.

Para emprender esta compleja tarea nos respaldaremos en el texto de Michel Arrivé que lleva el título corto de Lenguaje y psicoanálisis (2004). Particularmente nos interesaremos en el designio del autor en precisar todo aquello que fue importado por Lacan del Curso de Lingüística General de Saussure. Para guardar la compostura de la presentación de Arrivé, que nos parece adecuada para fines investigativos y didácticos, seguiremos el itinerario que nos propone en su texto.

Comenzar por reconocer la definición de la lengua como un sistema de signos y la fundación de la ciencia encargada de estudiar las leyes que gobiernan, crean y transforman los signos es un punto de partida inmejorable para concebir la relación Saussure-Lacan. Saussure funda la semiología como un nuevo campo del conocimiento, del cual parte la lingüística. La semiología está concebida entonces como un sistema donde “no existen signos fuera de los sistemas formados por éstos” (Arrivé, 2004, p.42).

Para Saussure, la lengua se manifiesta como el más importante de esos sistemas semiológicos, constituyéndose, así como el objeto propio de la lingüística. Pero ¿qué es lengua y qué es lenguaje? ¿son lo mismo? Si no ¿en qué se diferencian? Escuchemos al propio Saussure:

La lengua no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esta facultad en los individuos. Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme (...) a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad.

La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación. (Saussure, 1959, p.51)

Se nota también el empeño por diferenciar a su vez la lengua del habla, o, en otras palabras, lo social de lo individual, lo diacrónico de lo sincrónico y lo que es esencial de lo que es contingente. Los motivos de esta separación en Saussure deben ser entendidos como un

establecimiento de hitos con el fin de mantenerse en los límites de un campo, objeto y método precisos, mas no como una restricción o una jerarquización. La lingüística de la lengua y la lingüística del habla cada una tiene su lugar.

Para Saussure, el signo lingüístico es el fruto de la unión de un concepto y una imagen acústica, no de una cosa y un nombre. Es decir que, de entrada, el problema del referente es expulsado de la lingüística de la lengua. Entendido de esta manera, “el signo lingüístico es por lo tanto una entidad psíquica de dos caras” (Saussure, 1959, p.129). A partir de esta definición, el signo lingüístico es representado por la famosa figura:

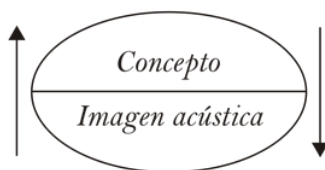


Figura 6. Signo lingüístico. (Ibid., p.129)⁵.

Más adelante, Saussure cree conveniente reemplazar el concepto por significado y la imagen acústica por significante, y este es finalmente el esquema que se mantiene a lo largo de todo el Curso de lingüística general. En este punto revisaremos algunas particularidades del esquema que nos serán de gran utilidad. En cuanto a la separación de los componentes del signo por una línea recta, parece que ésta tuvo la función de distinguir y a la vez relacionar ambos componentes, y, hablando del espacio que mantiene el significado con respecto al significante, “en varios puntos, el esquema se presenta en forma vertical e incluso en forma de un rectángulo atravesado por una barra oblicua” (Arrivé, 2004, p.50), lo que sugiere que esta disposición no tenía para Saussure una función de jerarquización.

⁵ Al respecto de esta representación es notable la precisión que hace Arrivé (2004):

Observamos, sin embargo, que en los esquemas anotados por los estudiantes del curso, las dos flechas en dirección opuesta que encuadran la elipse del signo están ausentes: fueron los editores los que las han sacado. Lacan, que las borrará a su vez cuando establece su “algoritmo”, no sabía probablemente que convergía, en este detalle, con la enseñanza originaria de Saussure. (p. 49).

De igual manera, el signo se define por dos principios, la arbitrariedad del signo y el carácter lineal del significante. El primero postula la relación arbitraria entre las dos caras del signo. Saussure sostuvo este principio radicalmente, sin embargo, a la hora de probar su principio no tuvo éxito. Las críticas no se hicieron esperar por varios lingüistas, como Pichon y Benveniste, porque éste reintroduce la cuestión de la relación signo-referente o cosa, cuestión que, como vimos, Saussure pretendió descartar desde un inicio. ¿Es totalmente arbitraria esta relación? Este es un tema álgido, no sólo para la lingüística.

El segundo principio, el carácter lineal del significante, “no es otra cosa que la sujeción al tiempo de los “significantes acústicos” llamados también elementos.” (Arrivé, 2004, p.60). Es decir, este principio considera la sujeción del significante, en tanto es de naturaleza auditiva, al tiempo, por lo que se debe manifestar en una extensión temporal unidimensional. Entonces, el significante es lineal porque es material. Pero ¿es lo mismo el significante que el sonido?

Es imposible que el sonido, elemento material, pertenezca por sí a la lengua. Para la lengua no es más que una cosa secundaria. (...) el significante lingüístico; en su esencia, de ningún modo es fónico, es incorpóreo, constituido, no por su sustancia material, sino únicamente por las diferencias que separan su imagen acústica de todas las demás. (Saussure, 1959, p.201)

Habiendo definido al signo, el camino está despejado para hablar del modo en que funcionan los sistemas de signos para Saussure. Para lo cual, es necesario referirse al siguiente esquema:

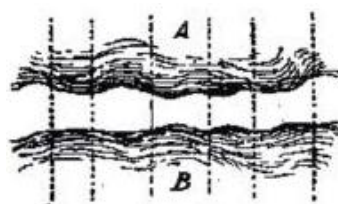


Figura 7. Esquema de las dos masas amorfas. (Saussure, 1959, p.192)

Esta representación fue el recurso que utilizó Saussure para explicar que la lengua es un sistema de valores puros, considerando los elementos del signo, es decir “las ideas y los sonidos” (Saussure, 1959, p.191). “La “nebulosa” A corresponde a “las ideas confusas”; la nebulosa B, “no menos indeterminada”, a la de los sonidos” (Arrivé, 2004, p.69). De esta manera, se representa la lengua como una “serie de subdivisiones contiguas marcadas a la vez sobre el

plano indefinido de las ideas confusas (A) y sobre el no menos indeterminado de los sonidos (B)” (Saussure, 1959, p.192). Estas subdivisiones, marcadas por las rectas verticales del gráfico, recortan simultáneamente las dos nebulosas, y delimitan así segmentos, estos son los signos. “Cada término lingüístico es un pequeño miembro, un *articulus* donde una idea se fija en un sonido, y donde un sonido se vuelve signo de una idea” (Saussure, 1959, p.193).

Además, la razón mediante la cual los segmentos son divididos es plenamente arbitraria. Es decir, la elección por una porción acústica enlazada a tal idea es totalmente arbitraria, ya que, si no fuera este el caso, la consecuencia sería asumir que hay una imposición desde “fuera”. El “referente”, como ya se dijo, entendido como ese algo del mundo que es denominado en la lengua, no debe tener acceso alguno al sistema. Esta concepción del hecho lingüístico es consecuencia de la definición de la lengua como un sistema puro de valores:

Puesto que no hay imagen vocal que responda mejor que otra a lo que se le encomienda expresar, es evidente, hasta a priori, que nunca podrá un fragmento de lengua estar fundado, en último análisis, en otra cosa que su no coincidencia con el resto. Arbitrario y diferencial son dos cualidades correlativas. (Saussure, 1959, p.20)

En la lengua no hay más que diferencias. Todavía más: una diferencia supone en general términos positivos entre los cuales se establece. Pero en la lengua solo hay diferencias sin términos positivos. Ya se considere el significante, ya el significado, la lengua no comporta ni ideas ni sonidos preexistentes al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales y diferencias fónicas resultantes de ese sistema. (Saussure, 1959, p.203)

Aunque considerando por separado los elementos de la unidad lingüística, la negatividad es radicalmente sostenida por Saussure, hablando del signo como totalidad, sí se establecería cierta positividad. Recordemos que, para Saussure, a diferencia de Lacan, la separación de los elementos sólo se da con fines descriptivos y, también, que no encontramos ni autonomía ni jerarquización entre ellos. Sin embargo, este problema no fue satisfactoriamente resuelto por Saussure.

Mediante la definición de la lengua como un sistema puro de valores podemos establecer que, cuando se trata de la lengua, todo se trata de relaciones. En el trabajo de Saussure, podemos hablar de dos órdenes de relaciones:

1. Relaciones sintagmáticas:

Son las “que se establecen entre las unidades consecutivas del discurso. Se constituyen así combinaciones de unidades que se denominan sintagmas” (Arrivé, 2004, p.77). En Saussure, la extensión del sintagma no queda claramente definida más allá de la combinación mínima.

2. Las relaciones asociativas:

“Son las que se establecen “fuera del discurso” entre las palabras que presentan algo en común” (Arrivé, 2004, p.78). Estas agrupaciones, de índole muy diversa, podrían conformarse entre significados o entre significantes, cada grupo capaz de suscitar análisis distintos.

Las relaciones sintagmáticas se establecen entre unidades presentes en el discurso, por lo cual Saussure las denomina relaciones *in presentia* mientras que las relaciones asociativas ocurren entre términos ausentes en la cadena discursiva, por lo tanto, son llamadas relaciones *in absentia*. Para Jakobson, otro renombrado lingüista ruso, las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas son reconsideradas y denominadas combinación y selección respectivamente.

Ahora bien, luego de haber ensayado un repaso general de los conceptos saussureanos sobre los cuales se apoya la reflexión lacaniana, es momento de precisar cuáles son las especificidades que introduce Lacan, lo cual implica recíprocamente diferenciarlo de Saussure⁶.

⁶ En lo que concierne al ámbito cronológico, sabemos que Lacan conoció el trabajo de Saussure por primera vez a través del libro de Henri Delacroix, *Le langage et la pensée*, alrededor del año 1931, pero no será hasta 1954 cuando Lacan en el Seminario I se refiera a Saussure públicamente. En esa ocasión, Lacan, apoyado en la autoridad de Benveniste, comenta acerca de la distinción entre significante y significado, pero aun sin producir el deslizamiento de los conceptos saussureanos al campo propiamente psicoanalítico. Sin embargo, ya en 1953 en el “Informe de Roma”, Lacan evoca los conceptos de significante y significado, asociándolos a la descripción del síntoma, aunque sin mencionar a Saussure. De allí en adelante, el valor de la obra de Saussure se tornará más y más significativo, evidente sobre todo en el esfuerzo de Lacan por articularlo con Freud (Arrivé, 2004). En este punto de la disertación este esfuerzo nos parece por demás sustentado por la cercanía que encontramos entre los aparatos freudianos y los conceptos lingüísticos de Saussure.

El origen del concepto lacaniano de significante

Lacan es claro al respecto, ya que reconoce explícitamente que su teoría del significante y sus relaciones con el significado tienen su origen en la obra de Saussure, como se puede advertir en uno de los textos que refleja de manera más transparente el tránsito del esquema saussureano al propiamente lacaniano, como lo es “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, texto que examinaremos más adelante.. Sin embargo, poco tiempo después, la actitud de Lacan con respecto a la “deuda” que mantiene con Saussure se transforma, como vemos en la alusión que Lacan hace en 1973 a los antecesores que anticiparon al trabajo de Saussure. Lo hace en “El atolondradicho”:

“En efecto, ¿quién puede dejar de ver, al leerme lo que escribo, o aun oyéndomelo decir en claro, que el analista, desde Freud, está muy adelantado en este asunto respecto al lingüista, a Saussure, por ejemplo, quien se queda en el acceso estoico, el mismo que el de San Agustín? (cf., entre otros, el De magistro, del que, fechando en él mi apoyo, indiqué lo suficiente el límite: la distinción signans-signatum).” (Lacan, 2012, p.513-514)

Allí, como vemos, además de los estoicos y San Agustín, menciona al propio Freud como un antecesor de Saussure, tesis que cobrará más fuerza a lo largo de la obra de Lacan, sostenida en la proposición que dice que el inconsciente es la condición de la lingüística. Según esta fórmula, Freud no solo estaría anticipando a Saussure, sino a toda la lingüística. Los argumentos que esgrime Lacan para sustentar su tesis son básicamente dos. Por un lado, de un modo general, las relaciones que se establecen entre inconsciente y lenguaje reivindican la anticipación de Freud, ya que, si el lenguaje es condición del inconsciente, Freud, como padre del psicoanálisis, habría inaugurado a la vez la lingüística. Por lo tanto, todo concepto lingüístico también tendrá su correspondiente en la teoría del inconsciente. Ejemplo claro de aquello sería el caso del significante, que no sería sino el nombre dado a un concepto de Freud, aunque serían dos estrechamente ligados hablando propiamente. El primer término precursor del significante con el que da Lacan es el “signo de percepción” (*Wahrnehmungszeichen*) de la carta 52 y el otro es el de *Vorstellungsrepräsentanz*:

“Él nos designa al mismo tiempo dónde deben constituirse en la simultaneidad esos *Wahrnehmungszeichen*. ¿Qué es esto sino la sincronía significante? ¡Y bien! Freud lo dice con

todas las letras, tanto más que lo dice cincuenta años antes de los lingüistas. Pero nosotros podemos darles enseguida a los *Wahrnehmungszeichen* su verdadero nombre, es decir, podemos denominarlos significantes” (Lacan, 2010, p.54)

“Es el significante el que es reprimido, pues no hay otro sentido que dar en estos textos al vocablo *Vorstellungsrepräsentanz*” (Lacan, 2003d, p.693). No obstante, la dificultad que presenta la unificación de los dos términos, que tienen distinto lugar en la teoría freudiana, está latente.

Divergencias entre el significante saussureano y el significante lacaniano

Las diferencias entre ambos significantes pueden identificarse, por ejemplo, en las modificaciones que introduce el algoritmo lacaniano con respecto al esquema de Saussure.

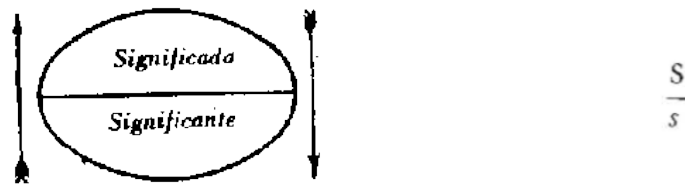


Figura 8: A la izquierda, el esquema saussureano del signo y, a la derecha, el algoritmo lacaniano del significante (Lacan J., 2003h, p.495).

La primera modificación es que Lacan elimina la elipse que encierra al signo, así como a las dos flechas opuestas que significaban la relación recíproca entre significado y significante. Recordemos ahora que las flechas fueron incluidas por los editores del Curso de Lingüística General con fines didácticos, mientras que en los apuntes originales de los estudiantes no se encuentra rastro de estas.

La segunda modificación tiene que ver con la inversión de lugares entre el significado y el significante, lo cual establece una jerarquización y por ende también una separación. El significante ocupa el lugar de arriba de la recta con signos romanos y mayúsculas, mientras que el significado está escrito en bastardillas y en minúsculas por debajo de la línea horizontal. Además, esta línea que en Saussure parecía ser un elemento de relación entre los dos elementos

del signo, en Lacan se convierte en una barra de separación. Estas se infieren de un simple vistazo a las figuras, sin embargo, Lacan añade otras distinciones.

Ya dijimos que para Saussure la teoría del signo trataba de la unidad de los elementos lingüísticos, pero para Lacan, aunque sí reconoce una teoría del signo, esta no despierta mayor interés en su teoría y, además, no tiene su raíz en Saussure, sino en el filósofo Charles Peirce quien propone que el signo representa algo para alguien (Arrivé, 2004). El meollo de este deslizamiento está en sustraer la relevancia del significado al esquema saussureano y presentar la autonomía del significante con respecto a este, al que está subordinado y del cual está separado. Por eso la importancia de la barra en Lacan, para quien su función principal está en la separación. Sin embargo, esta barra, en su extensión como barrera, debe franquearse. El significado se desliza bajo el significante, y, adicionalmente, el significado no se identifica con la cosa -el referente-, coincidiendo en esto sí con Saussure. Entonces, queda claro que no hay en Lacan una unidad lingüística, tal como la concebía Saussure y, por lo mismo, “es imposible determinar una segmentación isomorfa” (Arrivé, 2004, p.108) según pretendía Saussure explicar en su esquema de las dos masas amorfas. La razón de esta inconformidad estaría en la intervención del tiempo para Lacan, concepción del tiempo que según Arrivé, no discrimina el tiempo de la linealidad con el tiempo de la diacronía:

En efecto, se aprecia claramente que en el sentido diacrónico, con el tiempo, se producen deslizamientos y que en todo momento el sistema en evolución de las significaciones humanas se desplaza y modifica el contenido de los significantes, que adquieren empleos diferentes (...) Bajo los mismos significantes se producen, con el correr de las épocas, esos deslizamientos de significación que prueban que no se puede establecer una correspondencia bi-unívoca entre ambos sistemas. (Lacan J., 2009, p.172)

De igual manera, para comprender el uso que hace Lacan del tiempo es importante recordar que:

es inevitable que de vez en cuando el significante “abroche” el significado, y eso es lo operado por el “punto de almohadillado”, metáfora (...) que connota (...) la relación periódica que se instituye entre el significante y el significado (Arrivé, 2004, p.110).

Otra divergencia que no se colige de la mera apreciación del gráfico lacaniano es la que tiene que ver con la materialidad del significante. Para Lacan el significante es material, en oposición

a la reflexión saussureana al respecto, pero admite su negatividad. Esta es una cuestión problemática que no alcanzará aquí mayor desarrollo.

Pasando ahora a considerar en un nivel más general la teoría lacaniana del significante en oposición a la del signo de Saussure, vemos que la concepción misma es extensa y heteróclita. Un significante puede ser un fonema, una palabra o frase, ya que en última instancia Lacan hace al concepto “abarcar todo aquello que puede estructurarse según la manera del significante lingüístico (...) De manera que la noción de significante llega a ser explícitamente presentada como un equivalente exacto (aunque metonímico) de la noción de estructura” (Arrivé, 2004, p.119). Para Lacan, preguntarse por la estructura es preguntarse por el significante, ¿podemos decir que el significante es *La* estructura?

Convergencias entre el significante saussureano y el significante lacaniano

Existen algunas razones para meditar sobre los encuentros de estos homónimos, condición que no sin razón es conservada por Lacan. Partiendo del aforismo lacaniano del *inconsciente estructurado como un lenguaje*, es inevitable considerar que, asumiendo que la lingüística tiene la pertinencia de tratar sobre el objeto que estudia, existen importantes convergencias entre los campos de la lingüística y el psicoanálisis. A continuación, se presentan aquellas que Arrivé propone:

Duplicidad/dualidad

Existe una relación condicional entre significante y significado, es decir, para que haya significante se necesita que haya significado y viceversa. Saussure nombra esta cualidad como dualidad, mientras que para Lacan se trata de duplicidad. No obstante, luego de esta coincidencia, surgen pronto los desencuentros, ya que, mientras para Lacan el significante es el que determina al significado, para Saussure no existe tal jerarquización.

La articulación de los significantes

Tanto para Saussure, como para Lacan, pesa “la noción de articulación concebida como segmentación en unidades que reciben su estatuto de esa segmentación misma (...) es decir, es segmentado de acuerdo con cortes que no vienen de ninguna parte que no sea el sistema mismo”

(Ibid., p. 124). Comprendido el significante como equivalente a estructura, entonces “la estructura del significante es, como se dice comúnmente del lenguaje, que sea articulada” (Lacan, 1984, p.481.).

Arbitrariedad o contingencia del significante lacaniano

Se entiende al significante lacaniano como el resultado de un doble corte, primeramente entre el significado y la cosa y después entre los significantes. Sabemos que Saussure sostuvo lo mismo, lo que dio lugar al principio de arbitrariedad del signo. En Lacan, introducir la función del corte implica postular un principio similar al de arbitrariedad: “Distinguir la dimensión del significante sólo cobra relieve si se postula que lo que se oye, en el sentido auditivo del término, no tiene ninguna relación con lo que significa” (Lacan, 2008). Hasta aquí parece idéntico, pero, para Lacan, hablar de lo arbitrario implica una decisión, por lo tanto, alguien que decide. De suerte que Lacan propone al significante como contingente, porque este término, “reemplaza la intervención por el azar, intervención presente desgraciadamente en el término “arbitrario”, que designa una decisión que no tuvo lugar” (Arrivé, 2004, p.130).

Nos detendremos en este punto, que es el del límite entre los dos autores, para más adelante tratar exclusivamente las concepciones de Lacan, favorecidas de lo que hasta aquí hemos visto.

1.2.1.2 Lévi-Strauss y Lacan

Dimensionar la importancia del pensamiento de Claude-Lévi-Strauss para las ciencias sociales de la segunda mitad del siglo XX quizás sea una buena manera para empezar a comprender la importante influencia que su trabajo tuvo sobre el de Lacan. Con la publicación de *Las estructuras elementales del parentesco* en 1947, Lévi-Strauss conmocionó a las ciencias sociales mediante la visión estructuralista que recibió de los progresos de la lingüística estructural, como también de Franz Boas (1858-1942)⁷. Y, aunque la resistencia a sus ideas no

⁷ Antropólogo alemán de origen judío cuyo trabajo fue, para Lévi-Strauss, pionero en considerar el problema del lenguaje y la actividad inconsciente. Fue quien propuso que el estudio de la lengua se instituye “como una especie de paradigma para el estudio de todos los otros sistemas simbólicos” (Zafiropoulos, 2002, p.119)

se hizo esperar, no queda duda de que sus investigaciones marcaron un hito en la historia de las ideas, sobre todo en las ciencias sociales francesas.

Hay que mencionar también que Lévi-Strauss y Lacan sostuvieron una relación personal regular desde 1949, a propósito de una cena en la que ambos coincidieron a instancias de un amigo en común, de lo cual se puede inferir que la influencia de pensamiento entre ambos no fue hermética a su relación personal. No obstante, intentaremos aislar la relación estrictamente teórica de la personal para los fines de este trabajo, para lo cual hay que ubicar en la década de los años 50 la época en que esta influencia se hace manifiesta en la teoría de Lacan.

Encontramos que uno de los primeros trabajos de Lacan en que se vuelve manifiesto el influjo del pensamiento de Lévi-Strauss es el texto que recoge la intervención de Lacan en la XIII conferencia de psicoanalistas de lengua francesa, “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología” (Lacan J. , 2003g) en el año 1950. Este es evidente en el uso que Lacan hace de la teoría del simbolismo parcelario para “reexaminar la clínica de la morbilidad del superyó, instancia que eleva a la dignidad de un operador genérico descubierto gracias a su experiencia con las psicopatías” (Zafiropoulos, 2002, p.120). Lo que Lacan propone allí es, por un lado, una “solución al enigma del pasaje de la naturaleza a la cultura” (Ibid., p.120), y por otro, una “alternativa a lo que rechaza de los descubrimientos freudianos concernientes al parricidio originario” (Ibid., p.120).

En este punto, es indispensable reconocer que, en 1950, Lacan aun no es “freudiano”, es decir, aun no se produce su retorno a Freud, y que además aspira a enmendar la teoría freudiana al sustituir lo propuesto en *Tótem y tabú* por sus descubrimientos acerca del superyó. Allí donde Freud ubica “los deseos primitivos del Edipo y del parricidio originario como operador genérico de la clínica del caso y de la cultura” (Ibid., p.120), Lacan “sitúa la formación originaria del superyó, que teoriza apoyándose en el saber de la escuela francesa de sociología y más en particular en la lectura levistraussiana de Marcel Mauss” (Ibid., p.120). Entonces, para Lacan, la cuestión fundamental para explicar la conexión naturaleza-cultura, está en la comprensión del superyó. Y, para explicar el superyó en términos lacanianos, partimos de la descripción que hace en su texto sobre el estadio del espejo, en donde describe el superyó como un “nudo de

servidumbre imaginaria”, asentando el problema de la conexión entre naturaleza y cultura en un campo imaginario.

El estadio del espejo -texto que data de 1949 y que recoge lo esencial de la participación que Lacan debería haber hecho en el Congreso de Marienbad en 1936- es, por lo tanto, la respuesta de Lacan al antiguo enigma antropológico y, además, demuestra por qué los antropólogos no han prosperado en resolverlo, ya que, para Lacan, el psicoanálisis es el único que puede dar razón de tal conexión en cuanto solo es posible reconocer ese nudo de servidumbre en su campo. En este texto se promueve la idea de que el paso de la naturaleza a la cultura se efectúa según una lógica imaginaria, que dicta que el individuo necesita una imagen de sí mismo con la cual se identifica en una experiencia primordial anterior a su ingreso al sistema de intercambios sociales y, por lo tanto, anterior también a la constitución del sujeto en el lenguaje.

Consecuentemente, la experiencia del espejo nos enfrenta con el momento en que el “cachorro humano”, que nace en una especie de prematuración biológica determinada, “descubre la forma completa de su propio cuerpo, aun antes de que la maduración psíquica de su esquema corporal lo lleve, al margen de la experiencia del espejo, a sostenerse en una imagen semejante” (Ibid., p.124). En este encuentro con su imagen, el niño la asume como propia y se identifica con ella, de tal manera que ésta se inscribe como una matriz simbólica originaria de sí mismo, que funcionará como raíz de las identificaciones secundarias. Las identificaciones secundarias cumplirán una función de normalización para la libido, sentando las condiciones necesarias para que un ser social advenga. Pero esta imagen se presenta primordialmente como algo externo, algo extraño, por lo que el niño se identifica con algo que no es totalmente propio, ni totalmente de “otro”. Esta particularidad genera una división subjetiva originaria, que persiste en tanto exista sujeto. Sin embargo, la servidumbre del sujeto a la imagen encuentra salida porque existe este desencuentro, es decir, es incompleta. Pero, lo que más interesa de este desencuentro, es que es fundamento para el paso de lo imaginario a lo simbólico, paso incomprendible sin el apoyo en el trabajo de Lévi-Strauss. Veamos en qué sentido se dice esto.

Para entender adecuadamente este paso, es necesario referirse al “retorno a Freud” de Lacan. Podemos decir que éste inicia, al menos públicamente, con su Intervención sobre la transferencia (Lacan J. , 2003f,) pronunciada en el congreso de psicoanalistas de lenguas romances de 1951,

“es decir, cuando él aún era un miembro eminente de la SPP ligado a la Internacional” (Zafiropoulos, 2006, p.37). En esa ocasión, Lacan inauguraba las reflexiones que haría de los casos paradigmáticos de Freud, entre 1951 y 1957, y comienza precisamente por el caso Dora. Desde el inicio, Lacan define el eje epistemológico que orientará su retorno a Freud, explicando la división subjetiva entre el registro imaginario, posibilitador de las primeras identificaciones y el registro simbólico, en el que se ubicaría el complejo de Edipo, pero más generalmente la función simbólica, en la cual se incluiría el propio complejo de Edipo y función que Lacan *adquiere* de la antropología francesa. Con este giro epistemológico, claramente influenciado por las investigaciones de Lévi-Strauss, Lacan abandona su planteamiento inicial acerca de la estructuración subjetiva apoyado en la fecundidad socioclínica del padre de familia, planteamiento basado en las leyes durkhemianas de la familia, para superarlo y pensar la estructuración subjetiva según las reglas de la función simbólica, que son las de la palabra y el lenguaje y que además se imponen al registro imaginario. De esta manera se vuelve patente la posición estructuralista asumida por Lacan, afectada por su lectura de Lévi-Strauss.

Entonces, a partir de este reposicionamiento, Lacan apela a una visión del objeto de estudio del psicoanálisis definida en términos de la función simbólica. Esto significa que

el sujeto del inconsciente (...) no es para él tanto un sujeto del Edipo como el de los sistemas míticos. El sujeto del inconsciente es el sujeto del sistema simbólico en su conjunto, y por eso Lacan prolonga o, mejor dicho, vuelve a Freud con las ciencias sociales y los trabajos de Lévi-Strauss. (Ibíd., p. 69).

Es por esta razón que Lacan rechaza la universalidad del complejo de Edipo y aboga por la universalidad de la función simbólica. Esta noción, que será capital para la teoría de Lacan, es tomada de la lectura que Lévi-Strauss compuso de la obra de Marcel Mauss y que Lacan, como ya dijimos, alude para hablar de la teoría del simbolismo parcelario hablando de la clínica de la morbidez del superyo. Lo que resulta invaluable de esta lectura para Lacan es la inversión que el etnólogo hace de la problemática que Marcel Mauss plantea. Mientras que el sociólogo pretende construir una teoría sociológica del simbolismo, Lévi-Strauss afirma que más bien habría que buscar un origen simbólico de la sociedad. Esta inversión tiene como efecto la inauguración de una nueva antropología, que reconoce a la función simbólica como el dominio

mismo de lo social, y por lo tanto como un “sistema de interpretación que explica de manera simultánea los aspectos físicos, fisiológicos, psíquicos y sociológicos de todas las conductas” (Ibíd., p. 70). Como corolario, se proclama el origen simbólico de lo social e individual, que Lévi-Strauss entiende como producto del poder de inducción de la *eficacia simbólica*.

¿A que se refiere la eficacia simbólica? Comencemos por decir que en el texto de Lacan de 1949, “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je], tal como se nos revela en la experiencia analítica” (Lacan J. , 2003b) - publicado unos meses después de la publicación del texto de Lévi-Strauss, *La eficacia simbólica* (Lévi-Strauss, 1987)- ya aparece, aunque de manera muy somera, una referencia a la eficacia simbólica, que está dada en relación al argumento central del texto, sin dar mayores precisiones y que sobresale por ser la primera cita que hace Lacan de Lévi-Strauss. El argumento central del texto del etnólogo francés es que la cura chamanística, a diferencia de la cura médica, se ejecuta y tiene su eficacia en términos simbólicos, en tanto el shamán vuelve pensable, es decir, introduce en un sistema de significación, una experiencia que antes permanecía incoherente. A diferencia de la cura médica que explica la enfermedad de la persona por una relación causa-efecto, externa a ella, la cura chamanística opera al interior del “espíritu” de las personas. Es decir, la cura chamnística

es una relación de símbolo a cosa simbolizada o, para emplear el vocabulario de los lingüistas, de significante a significado. El shamán proporciona a la enferma un lenguaje en el cual se pueden expresar inmediatamente estados informulos e informulos de otro modo. (Lévi-Strauss, 1987, p.221)

Pero si Lévi-Strauss diferencia la cura chamanística de la cura médica occidental, lo hace para decir que el psicoanálisis es su equivalente exacto, pero con una inversión de todos los términos.

Ambas buscan provocar una experiencia, y ambas lo consiguen reconstruyendo un mito que el enfermo debe vivir o revivir. Pero, en un caso, se trata de un mito individual que el enfermo elabora con ayuda de elementos extraídos de su pasado; en el otro, de un mito social, que el enfermo recibe del exterior y que no corresponde a un estado personal antiguo. Para preparar la abreacción, que se convierte entonces en una “adreacción”, el psicoanalista escucha, mientras que el shamán habla. Mejor aún: cuando las transferencias se organizan, el enfermo hace hablar al psicoanalista atribuyéndole supuestos sentimientos e intenciones; por el contrario, en el encantamiento, el shamán habla por su enferma. La interroga y pone en su boca réplicas

correspondientes a la interpretación de su estado con la cual ella debe comprometerse. (Lévi-Strauss, 1987, p.222-223)

Esta homología entre cura chamanística y cura psicoanalítica debe entenderse para Lévi-Strauss como producto de la eficacia simbólica, que se definiría como “esta propiedad inductora que poseerían, unas con respecto a otras, ciertas estructuras formalmente homólogas capaces de constituirse, con materiales diferentes en diferentes niveles del ser vivo: procesos orgánicos, psiquismo inconsciente, pensamiento reflexivo.” (Ibíd., p.225). Y, ya que Lévi-Strauss extiende un principio estructuralista para explicar lo específicamente humano, significa que nace con ello una explicación estructuralista del inconsciente. Según esta perspectiva, el inconsciente deja de ser el depósito inefable de una historia singular para transformarse en un término que designa una función, que es la función simbólica. Ésta opera en todos los hombres según las mismas leyes, leyes a las que, a fin de cuentas, se limita. Estas leyes estructurales que se aplican para todos y para todo el mundo del simbolismo, serían poco numerosas, lo cual explicaría el hecho de que en este mundo los contenidos sean ilimitados, mientras que las leyes son siempre limitadas. Por ejemplo, existen muchas lenguas, pero pocas leyes fonológicas; así como existe una diversidad inagotable de mitos, pero pueden ser reducidos a unos cuantos tipos. Por lo tanto, ya sea el mito individual o colectivo, el inconsciente nada más se vale de las “imágenes” individuales, a las que organiza según sus leyes estructurales y las cuales no tendrían significación si no fuera por estas leyes, para formar un discurso. (Lévi-Strauss, 1987).

Teniendo en mente la importancia de las ideas que Lévi-Strauss introduce en su texto La eficacia simbólica, recordemos que si bien en 1949 Lacan ya mencionaba “la penumbra de la eficacia simbólica” para hablar de la estructuración del sujeto, aun no se producía el giro del registro imaginario al registro simbólico. Fue necesario que, en su retorno a Freud, Lacan iniciara la revisión teórica que la función simbólica de Lévi-Strauss exigía, revisión que significó presentar una nueva versión del estadio del espejo. Este paso es el que se produce desde el estadio del espejo a la experiencia del ramo invertido, con lo cual se suscita una reedición de la estructuración subjetiva y del ya destacado paso de la naturaleza a la cultura. Entonces, este nuevo modelo presenta la constitución del sujeto del inconsciente

ya no a partir del estadio del espejo o el Edipo, sino desde ese estadio del espejo “releído” con la función simbólica de Lévi-Strauss y sobre la base de un nuevo dispositivo óptico cuyo registro científico Lacan toma del Freud de La interpretación de los sueños. (Zafiroopoulos, 2006, p.84)

El referido modelo, conocido por los lectores de Lacan como el del “ramo invertido”, le permite orientarse a la hora de pensar la constitución subjetiva como el anudamiento que articula los tres órdenes de lo imaginario, lo simbólico y lo real y, como decía Lacan entonces, “todo el problema reside entonces en la articulación de lo simbólico y lo imaginario en la constitución de lo real” (Lacan, 1981, p.121). Sin embargo, este problema no es el que nos ocupa en esta ocasión, por lo que lo dejaremos sin mayor indagación.

1.2.2 La estructura del lenguaje propia del psicoanálisis

Luego del recorrido por la idea de *estructura* que hasta aquí hemos hecho, creemos que es legítimo afirmar que la concepción de estructura del lenguaje de Lacan se cimienta fundamentalmente en la lingüística estructural inaugurada por Ferdinand de Saussure y en la antropología de Claude Lévi-Strauss. Sin embargo, allí donde existe un punto de encuentro entre estas disciplinas, de inmediato se hace valer la diferencia que define cada campo porque, si bien las tres hablan de estructura y de lenguaje -entre otras muchas convergencias-, la estructura y el lenguaje de los que habla el psicoanálisis son propios de su dominio. Aunque ya se mencionaron brevemente algunas diferencias y especificidades al momento de rastrear los fundamentos de los conceptos lacanianos en las obras de Saussure y Lévi-Strauss, es momento de precisar y detallar lo que es propiamente la estructura del lenguaje de la que habla Lacan.

Vale precisar que para entender la estructura del lenguaje en psicoanálisis se impone la tarea de hablar del significante en psicoanálisis porque, como veremos, son básicamente sinónimos. Y es que al momento en que Lacan propone que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, admite que el inconsciente tiene propiedades de estructura, y que estas propiedades son las mismas que las del lenguaje, por lo que reconoce que es menester comprenderlas para comprender el inconsciente. Este imperativo teórico conduce a Lacan a redefinir el elemento nuclear de la lingüística estructural para construir el fundamento de un inconsciente constituido como estructura, y de esta manera plantear el algoritmo lacaniano, según el cual el significante

constituye en sí mismo la estructura. Por lo tanto, hablar de estructura es hablar del significante, y más exactamente, de la teoría del significante del psicoanálisis en la obra lacaniana.

Entonces, para estudiar la teoría del significante, lo que aquí proponemos es focalizar la reflexión sobre tres textos que permiten seguir una lógica del desarrollo de la teoría en la obra de Lacan. El primer texto que revisaremos será *Función y campo de la palabra en psicoanálisis*, donde Lacan localiza la práctica propiamente analítica en el campo de la palabra y el lenguaje y donde también establece algunos fundamentos que orientarán sus posteriores planteamientos. Luego, revisaremos el seminario sobre “La carta robada”, texto en el cual Lacan hace una minuciosa y compleja exposición de su teoría del significante, en la que introduce el concepto del Otro, así como la relación estructural que existe entre sujeto, deseo y el Otro. Finalmente, nos referiremos a *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, trabajo que recoge la reflexión que Lacan hace sobre la obra de Jakobson, según la cual Lacan establece los modos de incidencia del significante sobre el significado, es decir, metáfora y metonimia.

1.2.2.1 Teoría psicoanalítica del significante

1.2.2.1.1 Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis

Este texto recoge el tema tratado por Lacan en el congreso de Roma de 1953. La importancia de este escrito se encuentra en la renovación que Lacan propone para el psicoanálisis con el fundamento que toma del estudio del lenguaje. Como corolario, critica los fundamentos que defendía el grupo que dominaba el psicoanálisis en aquel entonces, los mismos que pretendían regularlo sin admitir allí los preceptos establecidos por Freud con justa razón.

En general, Lacan dice que los malentendidos acerca de los conceptos teóricos que Freud dejó de su experiencia -de donde, según Lacan, se extrae el valor científico de la disciplina- son producto de la ambigüedad que genera el descuido crítico al que se les ha abandonado, de lo cual el uso vulgar toma ventaja. Estos términos, perdidos en el uso común, deben esclarecerse buscando su equivalencia en el lenguaje de la antropología y la filosofía de ese entonces, “donde a menudo el psicoanálisis no tiene, sino que recobrar lo que es suyo” (Lacan, 2003e, p.230).

En este ejercicio de rigurosidad, Lacan distingue una aversión del psicoanálisis de aquel entonces a las funciones de la palabra y al campo del lenguaje, la cual es evidente si nos detenemos a ver los problemas de los cuales se ocupaba. Estos eran, 1) la función de lo imaginario, de las fantasías precisamente, “en la técnica de la experiencia y en la constitución del objeto en los diferentes estados del desarrollo psíquico (Ibid., p.232). 2) La noción de las relaciones libidinales de objeto, y 3) la importancia de la contratransferencia y por ende de la formación del psicoanalista. Para Lacan, estos tres problemas tienen un rasgo en común, que es la “tentación que se presenta al analista de abandonar el fundamento de la palabra” (Ibid., p.233), porque rozan el terreno de lo inefable, lo cual provoca desvíos lamentables para el psicoanálisis. La solución que Lacan encuentra a estos desvíos es regresar al estudio de las funciones de la palabra, tal como Freud, quien se cuidó mucho de “excursiones demasiado extensas en su periferia” (Ibid., p.234). Por lo tanto, la tarea a la que se arroja Lacan es la de demostrar que los conceptos que fundan el psicoanálisis -los freudianos- toman su pleno sentido solo si son orientados en el campo del lenguaje y ordenados según la función de la palabra.

Si rechaza los desvíos hacia lo inefable, Lacan admite que el psicoanálisis tiene un solo médium, que es la palabra y a su vez la respuesta a la que toda palabra llama. El empeño de Lacan es demostrar que éste es el meollo del análisis y, por lo tanto, se entrega al examen de su método, la asociación libre, para esclarecer su meta y su provecho, es decir, su lugar en la reinauguración que ha emprendido. Para esto, comienza por analizar la triada frustración, agresividad, regresión, con la que nos introducirá a la distinción entre palabra vacía y palabra plena.

¿Proviene la frustración de la falta de respuesta? Una respuesta, sobre todo una aprobadora, a la palabra vacía muestra ser mucho más frustrante que el silencio.

“¿No se tratará más bien de una frustración que sería inherente al discurso mismo del sujeto? ¿no se adentra por él el sujeto en una desposesión más y más grande de ese ser de sí mismo con respecto al cual, a fuerza de pinturas sinceras que no por ello dejan menos incoherente la idea, de rectificaciones que no llegan a desprender su esencia, de apuntalamientos y de defensas que no impiden a su estatua tambalearse, de abrazos narcisistas que se hacen soplo al animarlo, acaba por reconocer que ese ser no fue nunca sino su obra en lo imaginario y que esa obra defrauda en él toda certidumbre? Pues en ese trabajo que realiza de reconstruirla *para otro*, vuelve a encontrar

la enajenación fundamental que le hizo construirla *como otra*, y que la destinó siempre a serle hurtada *por otro*. (Ibid., p.239)

Consecuentemente, este *ego* es frustración en su esencia, no de un deseo sino de un objeto en donde su deseo está enajenado. Dos veces frustrado, en tanto si el sujeto llevara su imagen al máximo la similitud con la de la imagen fundadora de la experiencia del espejo, aun así sería el gozo del otro lo que haría que se reconociera en ella. “Por eso no hay respuesta adecuada a ese discurso, porque el sujeto tomará como de desprecio toda palabra que se comprometa con su equivocación” (Ibid., p.240). La agresividad que aquí aparece no es la del animal frustrado, sino la del esclavo que responde a la frustración de su trabajo por un deseo de muerte. Se entiende como esta agresividad irrumpe, por ejemplo, al momento en que a través de una intervención que denuncia las intenciones imaginarias del discurso, se desploma el objeto que el sujeto ha erigido en respuesta. “El arte del analista debe ser el de suspender las certidumbres del sujeto, hasta que se consuman sus últimos espejismos. Y es en el discurso donde debe escandirse su resolución” (Ibid., p.240), si es de otra manera, se corre el riesgo de reeditar en una objetivación no menos imaginaria, otro momento de enajenación. Ese es el destino de la palabra vacía, en tanto busca sostener imaginariamente ese *ego* dislocado y enajenado desde su origen.

Pero, aun así, por vacía que parezca la palabra, incluso en el extremo de su “desgaste”, conserva su valor en el campo del lenguaje. En la palabra vacía, el sujeto habla de alguien con quien incluso se podría confundir, pero con el cual nunca se unirá en la asunción de su deseo. Por esta razón, el psicoanalista debe saber oír mejor que nadie qué parte del discurso contiene el término significativo, no ceder en la captura imaginaria al que le tienta este discurso.

La palabra plena, por otro lado, tiene que ver con la reproducción del pasado representado en la palabra hablada, que no debe entenderse en el plano de la veracidad del dato real sino con el surgimiento de la verdad en la palabra, “la ambigüedad de la revelación histórica del pasado no proviene tanto del titubeo de su contenido entre lo imaginario y lo real, pues se sitúa en lo uno y en lo otro. No es tampoco que sea embustera. Es que nos presenta el nacimiento de la verdad en la palabra, y que por eso tropezamos con la realidad de lo que no es ni verdadero ni falso.” (Ibid., p.245). Por eso Lacan dice que es la asunción por parte del sujeto de su historia como constituida por la palabra que va dirigida a otro de lo que se trata en psicoanálisis.

Sus medios son los de la palabra en cuanto que confiere a las funciones del individuo un sentido; su dominio es el del discurso concreto en cuanto campo de la realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real. (Ibid., p.247)

El psicoanálisis acontece en la verdad que la palabra transporta en el discurso concreto en cuanto está dirigido a otro. Además, Lacan afirma que hay que añadir otro término necesariamente. “El inconsciente es aquella parte del discurso concreto en cuanto transindividual que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente” (Ibid., p.248). Con esta precisión, se resuelve la paradoja inherente a la noción de inconsciente, ubicándolo en las funciones de la idea e incluso en el pensamiento. Existe una verdad que el inconsciente transmite de manera desfigurada y a través de varios caminos -en el cuerpo, en los síntomas histéricos- que muestran la estructura de un lenguaje. Con este principio, Lacan rechaza las posturas que proclaman una determinación fuera de lo simbólico para el hombre, tal como Freud lo había hecho para fundamentar su simbolismo para la interpretación de los sueños.

Si se reconoce la función simbólica como determinante del hombre, se asume que el sujeto no está limitado por lo que el individuo vive subjetivamente, lo que significa que, aunque la verdad de su historia se marque en él, el sujeto se extiende tan lejos como la verdad lo permita. Es bajo estos términos que Lacan propone que el inconsciente es el discurso del otro, que no es tampoco una relación entre dos como aparentaría ser, sino que se trata de la omnipresencia del discurso humano.

Al referirse a La interpretación de los sueños, Lacan afirma que Freud hizo todos los esfuerzos para mostrarnos que el sueño tiene la estructura de una escritura. De igual manera, dice que en la psicopatología de la vida cotidiana, Freud nos deja claro que todo acto fallido es un discurso logrado y que las elecciones aparentemente hechas al azar en realidad revelan la estructura que domina el campo psicoanalítico o como también nos lo demuestra el síntoma cuya resolución se juega por entero en el análisis del lenguaje. Pues, para Lacan, lo que descubre Freud es la incidencia del orden simbólico en el hombre. El orden simbólico no se confunde con la “comunicación” animal, que es el ejemplo de un lenguaje signo, sino que el lenguaje humano está estructurado según las relaciones entre sus propios términos, más no en una relación directa

entre lo representado y lo que se dice. Es decir, el lenguaje está liberado del *hic et nunc* y, además, exige la participación de otro. La alteridad define por ella misma a la subjetividad, “tal es en efecto la forma esencial de donde toda palabra humana deriva más que a la que llega” (Ibid., p.286), no olvidemos que “el lenguaje humano constituiría pues una comunicación donde el emisor recibe del receptor su propio mensaje bajo una forma invertida” (Ibid., p.287), es decir, toda palabra incluye subjetivamente su respuesta.

De igual manera, Lacan nos explica que la palabra es una presencia hecha de ausencia y que es por la palabra por lo que la ausencia misma toma nombre en un momento originario, tal como lo describió Freud en el juego del Fort-Da!. De esta pareja de oposición presencia-ausencia, “nace el universo de sentido de una lengua donde el universo de las cosas vendrá a ordenarse” (Ibid., p.265). Por lo tanto, es el mundo de las palabras el que engendra el mundo de las cosas. En este punto, Lacan cita el trabajo de Lévi-Strauss, puntualmente el texto acerca de las estructuras elementales de parentesco, para ilustrar que las estructuras inconscientes determinan, según una lógica subjetiva inherente a la estructura, cómo se han de distribuir los matrimonios en una comunidad. El complejo de Edipo sería el que marca lo que el sujeto puede conocer de su participación en las reglas de esta estructura, “verificando los efectos simbólicos en su existencia particular” (Ibid., p.266), sin reconocer la estructura misma.

Según los descubrimientos de la antropología, Lacan afirma que existe una ley primordial que, al regular las alianzas, instituye el reino de la cultura sobre el reino de la naturaleza. Entonces, la prohibición del incesto se presenta como su pivote subjetivo que, según la tendencia moderna, reduce a la madre y a la hermana los objetos prohibidos para el sujeto. Esta ley es idéntica a un orden de lenguaje, ya que, sin denominaciones de parentesco, no hay manera de ordenar preferencias o tabúes. Pero esta ley, aunque imperativa en su forma, es inconsciente en su estructura, que es develada tanto en el intercambio que encuentra el etnólogo como en las leyes del número del matemático, porque estas leyes son inherentes al simbolismo original.

Lacan encuentra el soporte de la función simbólica en el nombre del padre, que desde siempre se identifica con la figura de la ley y lo propone como equivalente al símbolo cero nombrado por Lévi-Strauss en su comentario a la obra de Marcel Mauss. En efecto, los símbolos cubren toda vida del hombre aun antes de que nazca y marcan su destino, como también lo hizo con sus

padres. Siendo inconscientes, las leyes de la estructura dan la *ficción de libertad*, pero el hombre es un siervo nada más y esta servidumbre al símbolo colmaría al hombre “si el deseo no preservase su parte en las interferencias y las pulsaciones que hacen converger sobre él los ciclos del lenguaje” (Ibid., p.268). No obstante, el deseo, para ser *satisfecho*, demanda ser reconocido en el símbolo o en lo imaginario. De allí que Lacan dirá: “lo que está en juego en un psicoanálisis es el advenimiento en el sujeto de la poca realidad que este deseo sostiene en él en comparación con los conflictos simbólicos y las fijaciones imaginarias como medio de su concordancia, y nuestra vía es la experiencia intersubjetiva en que ese deseo se hace reconocer” (Ibid., p.268-269), es decir, “las relaciones en el sujeto de la palabra y del lenguaje” (Ibid., p.269). Nos volveremos a encontrar con estas ideas fundamentales para pensar la cuestión de la responsabilidad subjetiva, el siguiente capítulo de esta disertación.

Consecuentemente, el psicoanálisis es la práctica de la función simbólica, que invoca un nuevo orden de las ciencias. Para Lacan, este nuevo orden no implica más que volver a la noción de la ciencia verdadera, aquella que parte del Teetetes. Al reconocer el legítimo lugar de las ciencias conjeturales, Lacan admite que la lingüística es aquella que guía este camino, considerando el papel que desempeñaba en ese entonces en la antropología. Por lo tanto, es necesario fundar, sobre una nueva teoría general del símbolo, una nueva clasificación de las ciencias, en la que las ciencias del hombre recuperen su lugar como ciencias de la subjetividad.

De allí la legitimidad de despojar a las ciencias exactas el monopolio sobre el símbolo matemático. Entonces, la formalización matemática puede aportar a la ciencia del hombre una estructura donde erigir su rigor. La manera de dar fundamento científico, tanto a su teoría como a su técnica, será formalizar la lógica intersubjetiva y la temporalidad del sujeto.

1.2.2.1.1.1 El seminario sobre *La carta robada*

Una parte de este texto fue presentado un 26 de abril de 1955, a propósito del comentario que hace Lacan a *Más allá del principio del placer*. Luego, Lacan retoma estas reflexiones para tratarlas en un escrito, adjunto también en este texto. Es por esta razón que el primer tema que nos ocupa aquí es el *automatismo de repetición*, como parte del comentario al texto freudiano.

Aquí, Lacan afirma que la investigación psicoanalítica ha permitido reconocer que el automatismo de repetición funciona bajo el principio de la insistencia de la cadena significante. Esta noción sería correlativa a la de “ex-istencia (o sea, el lugar excéntrico) donde debemos situar al sujeto del inconsciente” (Lacan, 2003c, p.5). Y sería en la experiencia psicoanalítica donde se muestra por qué camino de lo imaginario se ejerce ese asimiento de lo simbólico.

Pero, como ya venimos reconociendo como el eje que sigue Lacan en esta época,

La enseñanza de este seminario está hecha para sostener que estas incidencias imaginarias, lejos de representar lo esencial de nuestra experiencia, no entregan de ella sino lo inconsciente, a menos que se las refiera a la cadena simbólica que las conecta y las orienta (Lacan, 2003, p.5).⁸

Lacan nos remite entonces hacia la importancia que las impregnaciones imaginarias tienen en la marcha de la cadena simbólica. Pero no hay que olvidar que no es sino la ley propia de esta cadena lo que rige los efectos determinantes para el sujeto. Tales efectos se rigen al desplazamiento del significante y los factores imaginarios sólo se limitan al “papel de sombras y reflejos” (Lacan, 2003c, p.5). En otras palabras, el orden simbólico es el que es constituyente para el sujeto. Para este propósito, Lacan toma el cuento de Edgar Allan Poe, *La carta robada*, en el cual se demuestra que la determinación principal del sujeto es recibida del recorrido de un significante. Para hacer esta demostración, Lacan distingue dentro del cuento un drama, la narración que se hace de este y por último las condiciones de esta narración.

La narración acompaña al drama de tal manera que hace posible la puesta en escena. Sin la narración, no sería posible que, tanto el drama como el diálogo, puedan ser puestos a disposición de un oyente. Las escenas son dos, la primera es designada por Lacan como la “escena primitiva”. Ésta se desarrolla en el tocador real, cuando la “ilustre persona”, -que Lacan identifica con la Reina- que está sola en ese momento, recibe una carta. Era su deseo ocultarla del Rey, pues su contenido pondría en juego su honor y seguridad. Poco después entra justamente el Rey, y la Reina, luego de esfuerzos infructuosos por guardar la carta, la deja a la vista, pretendiendo no prestarle mayor atención para no atraer la del Rey. De repente entra a la

⁸ Lévi-Strauss ya lo había dicho cuando desplazaba lo inconsciente del terreno de lo inefable a lo estructural, los contenidos son ilimitados, pero las reglas que regulan el sistema son limitadas, por ejemplo, hay una variedad de mitos, pero son reductibles a algunos tipos. Recordemos que en *Función y campo...* Lacan también se cuida de extraviarse en el terreno de lo inefable.

habitación el Ministro D, quien reconoce tanto la escritura de la carta como la angustia de la Reina y saca de su poder una carta. Pretendiendo haberla leído, la deja junto a la otra. Luego de charlar con ambos por un rato, toma la carta de la Reina, sin que ella pueda hacer nada al respecto, porque de lo contrario el Rey sospecharía. La Reina ahora sabe que el Ministro la tiene y no inocentemente, mientras él deja la otra carta en lugar de la de la reina (Allan Poe, 1994).

La segunda escena ocurre en el despacho del Ministro D. Ahí el jefe de la policía ha registrado la residencia minuciosamente en vano, a pesar de que todo el mundo deduce que el Ministro tiene la carta a su alcance. Dupin, el personaje a quien acude el jefe de policía para solucionar el enigma de la localización de la carta, acude al despacho del Ministro, quien le recibe con alardes de despreocupación. Sin embargo, Dupin inspecciona el lugar y al cabo de un rato su observación se detiene sobre un portacartas corriente, en el cual se encuentra una carta maltratada, sin ningún elemento que llame demasiado la atención. En ese momento, Dupin sabe que ha encontrado la carta. Su sospecha queda zanjada cuando se detiene sobre los detalles de esta carta, que parecen estar configurados de tal manera que sus características son el negativo de la carta robada. Entonces, con el pretexto de haber olvidado su tabaquera, regresa con una réplica de la carta, simulando su apariencia. Gracias a un incidente en la calle, preparado por Dupin mismo, aprovecha el descuido del Ministro, quien se acerca a la ventana para constatar lo que sucede y sustituye una carta por la otra. Al final se despide normalmente. Ahora el Ministro no sabe que no tiene la carta, y cuando quiera utilizarla leerá un mensaje dedicado por Dupin a causa también de una ofensa del pasado. (Allan Poe, 1994)

Lacan presenta las acciones de las dos escenas como correlativas, por la intersubjetividad en la que las dos se motivan y también por los tres términos que las organizan, los cuales tienen que ver con los tres tiempos lógicos por los cuales la decisión se precipita, así como con los tres lugares que asigna a los sujetos a los que divide. Entonces, Lacan arma tres triadas que se constituyen por “tres tiempos, que ordenan tres miradas, soportadas por tres sujetos, encarnadas cada vez por personas diferentes (Lacan, 2003c, p.9). En base a estos elementos, Lacan enumera estas triadas de elementos de la siguiente manera:

1. El primer momento es el de una mirada que no ve nada, es decir es el Rey y la policía.

2. El segundo es el de una mirada que constata que la primera no ve nada y se traiciona al creer que por ello está oculto lo que esconde, estamos hablando de la Reina y el Ministro.
3. El tercero que ve en esas dos miradas lo que pretendían esconder, ahora descubierto para que alguien pueda tomar ventaja de ello, es decir el Ministro y Dupin.

Luego de revelar el nódulo intersubjetivo de la acción que se repite, Lacan reconoce en él el mencionado automatismo de repetición. Pero primero recuerda que la pluralidad de los sujetos no es una objeción si se retoma la fórmula ya conocida de que el inconsciente es el discurso del Otro. En consecuencia, lo que le interesa en este momento es el modo en que los sujetos se relevan según un desplazamiento en la marcha de la repetición subjetiva. Y, lo que se demostrará, es que el desplazamiento está determinado por el lugar que ocupa un puro significante, que en este caso es la carta robada.

Entonces, Lacan se detiene sobre la materialidad del significante, cuestión que se torna fundamental al momento de comprender esta sección y la disertación en general. Es la cuestión de que el significante no soporta la partición, porque “el significante es unidad por ser único, no siendo por su naturaleza sino símbolo de ausencia” (Ibid., p.18), así como la carta -o la *lettre* (letra)- que no puede estrictamente decirse que esté o no esté en un lugar, sino que “estará y no estará allí donde está, vaya a donde vaya” (Ibid., p.19). Y, si es que el significante es símbolo de ausencia, solo lo es en la medida en que se puede decir que algo falta en su lugar, es decir, es posible que aquello cambie de lugar. Esta es la naturaleza de lo simbólico. Lo real, por otro lado, está siempre en su lugar. Además de la singularidad del significante, Lacan explica que, como la carta, aunque la Reina ya la leyó, sigue siendo significante estando leída y también estando perdida; de igual manera el significante no es funcional, no se agota en su uso, ni tiene un solo sentido. De igual modo, la carta robada, si fue desviada en su trayecto, es que posee un recorrido que le es propio, característica que indica su posición de significante. Anteriormente, Lacan ya había sostenido que el significante no se mantiene sino en un desplazamiento constante, así como el de las bandas de anuncios luminosos, que, debido a su funcionamiento, exige que se abandone un lugar con la condición de regresar circularmente. Y es esto justamente lo que pasa con el automatismo de repetición. Pero lo que se encuentra en este texto es que, no es solo el sujeto sino los sujetos entendidos como intersubjetividad los que recorren el “desfiladero de lo simbólico”, modelando su ser mismo “sobre el momento que los recorre en la cadena

significante” (Ibid., p.24). Es decir que, para Lacan, lo que Freud descubre permanentemente es que el desplazamiento del significante determina a los sujetos.

Luego de esta profundización necesaria para entender la naturaleza del significante a la luz de su paralelismo con la carta del cuento, Lacan regresa a la cuestión del desplazamiento del significante y su determinación en las triadas que estructuran el drama.

Volvemos entonces al Ministro. Él, creyendo no ser descubierto y pensando que la búsqueda de la policía es su defensa, es objeto del mismo engaño del que fue autor. Pero no es por “imbecilidad” que es víctima sino porque al esconder la carta adopta simultáneamente el papel de la Reina. En esta ocultación, es preciso que para que conserve su poder, su ascendencia, la carta no sea utilizada. Pero, la ventaja que saca el Ministro de la situación, no es por la carta en sí misma, sino por el personaje que la carta hace de él. Por ejemplo, el jefe de la policía nos lo presenta como alguien capaz de cualquier cosa, es decir que se le asigna la posición que nadie logra cubrir realmente ya que es imaginaria, que es la de amo absoluto. Entonces, el Ministro se entrega a la tarea de no hacer nada, de olvidar la carta. Nada más que la carta,

al igual que el inconsciente del neurótico, no lo olvida. Lo olvida tan poco que lo transforma cada vez más a imagen de aquella que la ofreció a su sorpresa, y que ahora va a cederla siguiendo su ejemplo a una sorpresa semejante (Ibid., p.28).

Ocupando la posición que antes tuvo la Reina, el Ministro oculta la carta dándole vuelta, tal como se hacía en la época, para escribir una nueva dirección. Esa dirección se convertirá ahora en la propia, escrita con una letra femenina, y con un sello negro en lugar del rojo con el que la recibiría la Reina. Pero, en su empeño por ocultar la carta, se delata por el contraste entre la virilidad que demuestra el Ministro en sus rasgos y el brillo femenino que destella ahora la carta “oculta”. Y es así como Dupin encuentra la carta, como el cuerpo de una mujer, ostentadamente plantada a la vista en el despacho del Ministro. Y así Dupin esperaba encontrarla (Ibid., p.28).

Por otro lado, en el caso de Dupin, Lacan analiza su posición a partir del momento en que identifica la carta y, se puede decir, ya se ha apoderado de ella. Según la lógica del recorrido de la carta, Dupin se desliza a la posición que ocuparon antes la Reina y el Ministro en la triada intersubjetiva. Pero Dupin rectifica el camino de la carta al enviarla a la dirección en la que

debía ir, es decir, al lugar ocupado anteriormente por el Rey, “puesto que es allí donde debía volver a entrar en el orden de la Ley” (Ibid., p.31). Ese lugar, el del Rey en primer lugar y luego de la policía, implica la incapacidad para leer la carta porque ese lugar es el de la ceguera.

La carta, entregada por Dupin a la policía, pierde su alcance, ante lo cual Lacan plantea la siguiente cuestión “¿qué es lo que queda de un significante cuando ya no tiene significación?” (Ibid., p.33). La respuesta del significante más allá de todas las significaciones es la siguiente:

Crees actuar cuando yo te agito al capricho de los lazos con que anudo tus deseos. Así éstos crecen en fuerza y se multiplican en objetos que vuelven a llevarte a la fragmentación de tu infancia desgarrada. Pues bien, esto es lo que será tu festín hasta el retorno del convidado de piedra que será para ti puesto que me evocas (Ibid., p.34).

O, como la entendemos aquí, el regreso a las pulsaciones en que confluyen el significante y el deseo.

La reflexión que sigue en el texto se centra en una concepción necesaria y singular de la “memoración”, o la función de la memoria según la entendemos⁹. Comienza con una precisión, diciendo que la memoración de la que se trata cuando se habla del inconsciente no es aquella de la memoria, comprendida como propiedad biológica, sino que se trata de encontrarla en las cadenas ordenadas de un lenguaje. En este punto, Lacan pretende demostrar que tales cadenas tienen la apariencia de una memoración, especialmente de la que demanda el descubrimiento de Freud. Este esfuerzo se toma en función del programa que dirige en ese momento Lacan, es decir “saber cómo un lenguaje formal determina al sujeto.” (Ibid., p.36). Esto implica ubicar al sujeto en una sintaxis que es aportada por los significantes, de donde provienen los efectos de repetición llamados de automatismo.

Si el automatismo de repetición es producto de una sintaxis a manera de un lenguaje, entonces éste no puede concebirse como una añadidura a la doctrina, ya que el descubrimiento inaugural del psicoanálisis se reafirma en él, es decir, una memoria que implica su inconsciente. Los hechos que exigen la elaboración del automatismo de repetición dan lugar para que Freud

⁹ Nos conviene recordar aquí los *aparatos* freudianos, en los cuales la memoria ya se presenta apartada de una explicación anatómico-biológica.

reestructure la concepción de memoria para darle una forma más generalizada. De hecho, Lacan nos dice que lo que se renueva entonces ya estaba articulado en el “Proyecto de una psicología para neurólogos”, en el que el sistema Ψ “predecesor del inconsciente, manifiesta allí su originalidad por no poder satisfacerse sino con volver a encontrar el objeto radicalmente perdido” (Ibid., p.39). Así es como Freud se sitúa en la oposición que se encuentra en la noción de la existencia según se la conciba fundada en la reminiscencia o en la repetición, pero, desplazando a la conciencia de la identificación con el humano y consecuentemente la necesidad de que la repetición esté incluida en ella. “Puesto que esta repetición es repetición simbólica, se muestra en ella que el orden del símbolo no puede ya concebirse como constituido por el hombre sino como constituyéndolo”¹⁰ (Ibid., p.39). Es en tanto Freud no cede sobre su descubrimiento original que se ve abocado a constituir allí un elemento que vaya más allá de la vida, es decir el instinto de muerte.

El ejemplo que Freud nos ofrece para ilustrar la formulación de esta noción es el juego del Fort-Da, que es el

juego mediante el cual el niño se ejercita en hacer desaparecer de su vista, para volver a traerlo a ella, luego obliterarlo de nuevo, un objeto, por lo demás indiferente en cuanto a su naturaleza, a la vez que modula esa alternancia con sílabas distintivas -ese juego, diremos, manifiesta en sus rasgos radicales la determinación que el animal humano recibe del orden simbólico (Ibid., p.40).

En ese momento, el hombre manifiesta la alternativa estructural en la que la presencia y ausencia toman una de la otra su evocación. Este es el momento de su conjunción esencial, o como Lacan también lo llama, el punto cero del deseo, en el cual el objeto humano cae bajo el efecto de la captura, que lo somete desde ese instante en adelante a las condiciones del símbolo, anulando su propiedad natural. De esta manera se impone la determinación del significante a la del significado, determinación que es la única de la que se trata en la apercepción de la función simbólica hecha por Freud (Ibid.).

La connotación por (+) y (-) de una serie que ponga en juego nada más la alternativa fundamental de la presencia y de la ausencia permite a Lacan demostrar cómo las más estrictas

¹⁰ Recordemos que la lectura que Lévi-Strauss hizo de Marcel Mauss terminó en una conclusión equivalente.

determinaciones simbólicas se ajustan a una sucesión cuya realidad se reparte al azar. Para comprender más fácilmente el ejemplo, Lacan ilustra una sucesión de una serie al azar:

+ + + - + + - - + - etc.
 1 2 3 2 2 2 2 3

Figura 9: Serie al azar de la alternancia fundamental presencia-ausencia (Ibid., p.40).

Lacan demuestra que es suficiente simbolizar en una serie dada, los grupos de tres que se concluyen definiéndolos, sincrónicamente, por la simetría de la constancia (+++, ---) simbolizada por (1) o de la alternancia (+ - +, - + -) anotada con (3), guardando la notación (2) a la disimetría impar bajo la forma del grupo de dos signos semejantes, indiferentemente precedidos o seguidos del signo contrario (+ - -, - + +, + + -, - - +), para que se presenten en la nueva serie constituida por estas notaciones, posibilidades e imposibilidades en la sucesión que la red que sigue resume, a la vez que manifiesta la simetría concéntrica de la cual la triada está “preñada” (Ibid., p.41).

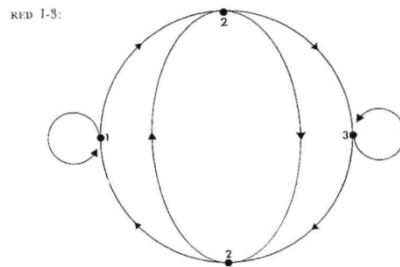


Figura 10: Diagrama de la simetría concéntrica de la serie de la alternancia presencia-ausencia simbolizada según la notación (1), (2) y (3) (Ibid., p.41).

Por ejemplo, vemos como en una serie (1), (2), (3) se puede comprobar que

Mientras dure una sucesión uniforme de (2) que empezó después de un (1), la serie *se acordará* del rango par o impar de cada uno de esos (2) puesto que de ese rango depende que esa secuencia sólo pueda romperse por un (1) después de un número par de (2), o por un (3) después de un número impar (Ibid., p.42).

Esto quiere decir que, desde la composición del símbolo original, una estructura, aunque esté vacía, hace aparecer el nexo esencial de la memoria con la ley. Sosteniendo este argumento, Lacan hace una recombinación de los elementos de la sintaxis, pasando del término binario a

una relación cuadrática, con el fin de presenciar la opacificación de la determinación simbólica junto con la revelación de la naturaleza del significante. Entre más complejas son las series, la determinación simbólica tiende a “escondarse”¹¹. Para los fines de esta disertación vale detenernos en el primer ejemplo, suficiente para seguir la argumentación del texto como para comprender lo fundamental de la exposición lacaniana. No obstante, sin profundizar en esta nueva combinatoria, Lacan elabora de tal manera la combinatoria que encuentra en su formulación la formalización más simple del intercambio en las sociedades, señalando tanto el valor de esta demostración para la antropología como su conocimiento de los problemas que le ocupaban, claramente refiriéndose a Lévi-Strauss.

En base a las combinaciones que se nos presenta, es evidente que, según cierta sintaxis, las combinaciones tienen cierto orden de existencia, o de aparición, determinación que es de naturaleza simbólica. Esta determinación simbólica es la única donde puede ubicarse la sobredeterminación significante, no así en lo real, tal como lo vemos en la noción que nos aporta Freud. En consecuencia, Lacan demuestra como la subjetividad no está originada en lo real, sino que es producto de una sintaxis que genera en ella la marca significante.

Estos ejemplos de conservación de las exigencias de la cadena simbólica permiten entender “dónde se sitúa el deseo inconsciente en su persistencia indestructible” (Ibid., p.46), y es precisamente la cuestión que atrae la reflexión de Freud en Más allá del principio del placer, cuando para explicar la insistencia del automatismo de repetición no parece encontrar otra que no sea “prevital y transbiológica” (Ibid., p.46). Según Lacan, es de la estructura de la determinación de la que habla Freud.

Así sucede que si el hombre llega a pensar el orden simbólico, es que primeramente está apresado en él en su ser. La ilusión de que él lo habría formado por medio de su conciencia proviene de que es por la vía de una abertura específica de su relación imaginaria con su semejante como pudo entrar en ese orden como sujeto. Pero no pudo efectuar esa entrada sino por el desfiladero radical de la palabra, o sea el mismo del que hemos reconocido en el juego del niño un momento

¹¹ Lévi-Strauss habla de la misma condición en *Las estructuras elementales de parentesco*, en donde incluso llega a abandonar la tarea de deducir de las estructuras elementales la complejidad de las sociedades modernas por la magnitud que significa dicha tarea.

genético, pero que, en su forma completa, se reproduce cada vez que el sujeto se dirige al Otro (Ibid., p.46).

Es, sin duda, la dialéctica intersubjetiva trabajada hasta entonces por Lacan en el esquema L, la que junto con el desarrollo de la “memoriación” según la sintaxis demostrada, permite comprender la profundidad y alcance de las propuestas de Lacan en ese entonces, sin embargo, pretender seguirlas excedería por mucho el alcance de este trabajo.

1.2.2.1.2 La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud

Empezaremos a trabajar este texto a partir de la cuestión que nos sugiere el título de la obra, y que aborda Lacan igualmente, ¿qué es la letra en psicoanálisis? Inmediatamente nos responde “designamos como letra ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje” (Lacan J. , 2003h, p.475). Esta definición, según Lacan, nos lleva a diferenciar el lenguaje de las funciones somáticas y psíquicas que le “estorban” en quien habla. Y no hay que confundirlas porque el lenguaje y su estructura preexisten a cada sujeto, sea cual fuere su momento de desarrollo mental. Recordemos, por ejemplo, que las afasias producto de lesiones anatómicas muestran cómo el déficit se reparte “según las dos vertientes del efecto significante de lo que llamamos aquí la letra, en la creación de la significación”, manifestando la condición simbólica de su operación (Lacan J. , 2003h, p.475). Además, preexiste al sujeto, porque su lugar está ya anunciado en un discurso al momento de nacer, aunque sólo fuese gracias al nombre propio.

Para profundizar en estas relaciones, Lacan anuncia que sustentará sus argumentos exclusivamente en la lingüística, cuyas premisas han sido confirmadas por el estatuto del lenguaje como objeto científico en su experiencia. Para Lacan, es por este hecho por el que la lingüística ha comandado la apertura de un nuevo dominio que exige asimismo una nueva clasificación de las ciencias y, por lo tanto, una “revolución del conocimiento”.

Lacan señala que el surgimiento de la lingüística ocurre en el momento constituyente de un algoritmo fundador.

$\frac{S}{s}$

Figura 11: algoritmo fundador de la disciplina lingüística según Lacan (Ibid., p.476).

Este algoritmo se lee: “significante sobre significado, el “sobre” responde a la barra que separa sus dos etapas” (Ibid., p.477). Lacan refiere este algoritmo a la obra de Ferdinand de Saussure, y aunque menciona que en realidad lo que formuló Saussure no se limita a este esquema, vemos que esta propuesta de Lacan ya hace valer varias modificaciones, como ya vimos previamente, como por ejemplo la primacía del significante sobre el significado. Ahora bien, desde la constitución del algoritmo, la temática de la lingüística queda enmarcada originalmente en los términos primordiales del significante y del significado

como órdenes distintos y separados inicialmente por una barrera resistente a la significación. Esto es lo que hará posible un estudio exacto de los lazos propios del significante y de la amplitud de su función en la génesis del significado (Ibid., p.477).

Esta distinción primordial se extiende más allá de la discusión sobre lo arbitrario del signo y del problema de la correspondencia de la palabra con la cosa -temas ineludibles, pero que no ocupan demasiadas líneas de Lacan en este momento. En función de esta limitación a la que se atiene Lacan mismo, a la vez que cierra en cierta medida la cuestión, es punto de partida para dejar en claro que se pisa terreno incierto si se sostiene “la ilusión de que el significante responde a la función de representar al significado” (Ibid., p.478).

A lo siguiente a lo que se dirige Lacan es a la revisión de una ilustración con la que se introduce clásicamente al uso del algoritmo lingüístico, la cual, según Lacan, favorece una concepción errónea del mismo.



Figura 12: ilustración clásica para introducir al uso del signo lingüístico (Ibid., p.479).

Lacan, por su lado, sustituye esta ilustración por otra que, en su apreciación, es más correcta, la presentamos a continuación:



Figura 13: ilustración lacaniana del signo lingüístico (Ibid., p.479).

Esta ilustración demuestra como

Solo por la yuxtaposición de dos términos cuyo sentido complementario parece deber consolidarse por ella, se produce la sorpresa de una precipitación del sentido inesperada: en la imagen de las dos puertas gemelas que simbolizan con el lugar excusado ofrecido para satisfacer sus necesidades naturales fuera de su casa, el imperativo que parece compartir con la gran mayoría de las comunidades primitivas y que somete su vida pública a las leyes de la segregación urinaria (Ibid., p.479).

Lo que el ejemplo nos lleva a interrogar es la manera en que el significante atraviesa la barra y se escurre más allá en el significado. Comencemos por afirmar que “la estructura del significante es, como se dice corrientemente del lenguaje, que sea articulado” (Ibid., p.481). Esto implica que existen unidades que la componen y que estas deben cumplir la doble condición de reducirse a ser elementos diferenciales últimos y de componerse siguiendo las leyes de un orden cerrado¹². Es decir que estas unidades diferenciales últimas están compuestas, o articuladas, siguiendo ciertas leyes que pertenecen a un orden cerrado, a una estructura específica.

Estos elementos diferenciales últimos son los fonemas, descubiertos por la lingüística. En ellos no hay que buscar una “constancia fonética”, sino que se encuentran en el “sistema sincrónico de los acoplamientos diferenciales, necesarios para el discernimiento de los vocablos en una lengua dada” (Ibid., p.481). Por esta propiedad del lenguaje, nos dice Lacan, entendemos que un elemento esencial del habla estaba predestinado a moldearse en la letra, que es, “a saber la

¹² En la sección del aparato del lenguaje, Freud ya nos hablaba de un complejo sistema asociativo “cerrado”, el conjunto de la representación palabra.

estructura esencialmente localizada del significante” (Ibid., p.481). A propósito de la segunda propiedad de la estructura del significante mencionada, es decir, la de componerse según leyes de un orden cerrado, se afirma consecuentemente la necesidad del sustrato topológico de la estructura, que se encuentra ya esbozado con el término cadena significante, que Lacan define como “anillos cuyo collar se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos” (Ibid., p.481). Estas serían las condiciones de la estructura que ordenan la articulación significante, a nivel gramatical o de léxico, patente en toda extensión significante.

Se nos impone entonces la idea de que sólo en las correlaciones entre significantes se encuentra el patrón que sigue toda búsqueda de significación, pero no hay que limitar al significante a los dominios del léxico y la gramática, y asegurar que la significación se encuentra fuera, ya que el significante, por su naturaleza, anticipa el sentido, como podemos fijarnos en los ejemplos que Lacan toma de las frases interrumpidas antes del término significativo, “Yo nunca..., En todo caso..., Aunque tal vez...” (Ibid., p.482). No por estar “inacabadas” las frases tienen menos sentido.

Consecuentemente, se puede afirmar que es en la cadena significante donde se juega el sentido, donde éste insiste, pero que ninguno de los elementos que conforman la cadena es la significación. Por ende, la idea de un deslizamiento permanente del significado bajo el significante se impone al momento de concebir la cadena significante, idea que para Lacan es ilustrada también por Saussure cuando propone la ilustración de las dos masas amorfas, tratado anteriormente.

Sin embargo, la linealidad que Saussure concibe como constituyente de la cadena del discurso, siendo emitida por una sola voz y en un solo sentido tal cual la escritura, si es necesaria, no es suficiente. Si bien se impone a la cadena del discurso en la dirección en que está orientada en el tiempo, para Lacan, la articulación se da como en los varios pentagramas de una partitura, en una dirección tanto horizontal como vertical.

Esto nos lleva a pensar en la manera en que la estructura de la cadena significante abre la posibilidad de significar “muy otra cosa” (Ibid., p.485) de lo que se dice, pero siempre en la medida en que la lengua me es común con otros. Esta función del significante es el de la metonimia. La metonimia se entiende como “la parte tomada por el todo” y se apoya justamente

en el deslizamiento *palabra a palabra* (Ibid., p.485). Al ocuparse de la metonimia Lacan no puede menos que rendir homenaje al trabajo del lingüista Roman Jakobson. Esta es la “primera vertiente del campo efectivo que constituye el significante, para que el sentido tome allí su lugar” (Ibid., p.486).

La otra vertiente es la metáfora. Ella se constituye entre dos significantes, “de los cuales uno se ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena significante, mientras el significante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena” (Ibid., p.487). La fórmula de la metáfora sería entonces *una palabra por otra*. Estas revelaciones dan cuenta de que el descubrimiento freudiano fue el de revelar que la letra produce todos sus efectos de verdad en el ser humano, sin que el hombre, o su espíritu, “intervenga en ello lo más mínimo” (Ibid., p.489).

Lacan afirma que Freud en su obra completa

nos presenta una página de cada tres de referencias filológicas, una página de cada dos de inferencias lógicas, y en todas partes una aprehensión dialéctica de la experiencia, ya que la analítica del lenguaje refuerza en ella más aun sus proporciones a medida que el inconsciente queda más directamente interesado (Ibid., p.489).

Por esta razón, Lacan entiende que en toda La interpretación de los sueños se trata de lo que llama “la letra del discurso, en su textura, en sus empleos, en su inmanencia a la materia en cuestión” (Ibid., p.489), y es también la razón por la cual ese texto abre el camino real hacia el inconsciente. Freud, al inicio del texto dice que el sueño es un rebús, y que él mismo puntualiza que hay que entenderlo al pie de la letra. “Lo cual se refiere a la instancia en el sueño de esa misma estructura literante (dicho de otra manera, fonemática) donde se articula y se analiza el significante en el discurso” (Ibid., p.490). Por lo tanto, las imágenes del sueño sólo han de retenerse en su valor de significantes, “es decir por lo que permiten deletrear del “proverbio” propuesto por el rébus del sueño” (Ibid., p.490). Incluso, la estructura de lenguaje que hace posible la lectura del sueño está en el principio de la *significancia del sueño*, de la *Traumdeutung*. Para Lacan, Freud hace todos los esfuerzos para que el valor de significante de las imágenes del sueño no se confunda con su significación, tal como con los jeroglíficos

egipcios, en los cuales sería erróneo deducir que, por ejemplo, el buitre o el pollito en la escritura tengan que ver con “esos especímenes ornitológicos” (Ibid., p.490).

Concentrándose en La interpretación de los sueños, Lacan señala que la *Entstellung* -transposición en su traducción al castellano- que Freud utiliza para mostrar la precondition general de la función del trabajo del sueño, es equivalente al deslizamiento del significado bajo el significante, “acción inconsciente” permanente en el discurso. Es allí donde las dos formas de la incidencia del significante sobre el significado se vuelven a encontrar. Por un lado, la *Verdichtung*, o condensación, equivalente a la metáfora y por otro la *Verschiebung*, o desplazamiento, que es la metonimia. Lacan insiste en que el trabajo del sueño hay que entenderlo como una escritura, a pesar del recurso particular del sueño del miramiento por la figurabilidad e incluso del uso auxiliar de la palabra en el sueño,

dado que para el inconsciente no es sino un elemento de puesta en escena como los otros. Es justamente cuando el juego e igualmente el sueño tropiecen con la falta de material (...) para representar las articulaciones lógicas de la causalidad, de la contradicción, de la hipótesis, etc., cuando darán prueba de que uno y otro son asunto de escritura y no de pantomima (Ibid., p.492).

No obstante, Lacan afirma que desde el comienzo del psicoanálisis el papel del significante fue desconocido por una doble razón. En primer lugar, porque la formalización inicial de Freud no bastó por sí misma para hacer notar la instancia del significante, ya que cuando se publicó La interpretación de los sueños, se adelantaba mucho a las formulaciones de la lingüística, y que “sin duda podría demostrarse que, por su solo peso de verdad, les abrió el camino” (Ibid., p.493). La segunda razón es que, si los psicoanalistas se vieron interesados por las significaciones en el inconsciente, es porque su interés nacía del atractivo de la dialéctica que le parecía propia.

Dejando claro esto, Lacan se apresta a definir la tópica del inconsciente que acaba de describir, que es la misma que se define por el algoritmo ya familiar para nosotros:

$$\frac{S}{s}$$

Figura 13: algoritmo del significante que define la tópica del inconsciente lacaniano (Ibid., p.495).

Ahora bien, a partir de ese algoritmo que permitió desarrollar las ideas sobre la incidencia del significante sobre el significado es posible su transformación en:

$$f(S) \frac{1}{s}$$

Figura 14: transformación del algoritmo del significante fundamentado en lo que a la incidencia del significante sobre el significado concierne (Ibid., p.495).

Luego de establecer la “copresencia” tanto de los elementos de la cadena significativa horizontal, como sus contigüidades en vertical en el significado, Lacan nos propone la simbolización de las estructuras fundamentales en la siguiente fórmula:

$$f(S \dots S') S \cong S (-) s,$$

Figura 15: simbolización de las estructuras fundamentales en la metonimia y en la metáfora (Ibid., p.495).

Esta sería equivalente a la estructura metonímica, que indica que es por la articulación entre significantes que es posible la elisión a través de la cual el significante hace brotar la carencia de ser en la relación de objeto, “utilizando el valor de remisión de la significación para llenarlo con el deseo vivo que apunta hacia esa carencia a la que sostiene” (Ibid., p.495). El signo entre paréntesis - () - representa el mantenimiento de la barra del primer algoritmo, donde marca la irreductibilidad de la resistencia de la significación en las relaciones del significante con el significado; mientras que el signo \cong simboliza la congruencia. Luego nos presenta la siguiente fórmula:

$$f\left(\frac{S'}{S}\right) S \cong S (+) s,$$

Figura 15: simbolización de la metáfora (Ibid., p.495).

Que se refiere a la estructura metafórica, “indicando que es en la sustitución del significante por otro significante donde se produce un efecto de significación que es de poesía o de creación, dicho de otra manera, de advenimiento de la significación en cuestión” (Ibid., p.495-496). En este caso, el signo + entre () simboliza el franqueamiento de la barra y el valor de ese franqueamiento para la emergencia de la significación. Este franqueamiento manifiesta la

condición de paso del significante al significado. De esta manera, Lacan se traslada a la función del sujeto que introduce en la expresión simbolizada de la metáfora, cuestión que en este momento no será considerada.

Capítulo 2: La responsabilidad subjetiva

2.1 La responsabilidad subjetiva en Freud.

Al iniciar el tratamiento de la responsabilidad subjetiva, asumimos enseguida el tratamiento de dos relaciones íntimamente ligadas que configuran este capítulo de la disertación. La primera es la relación determinación-libertad y la segunda libertad-responsabilidad. Para pensar la primera de las relaciones partimos de la idea de que, si una libertad es absoluta, entonces debe abandonarse cualquier pretensión a una determinación, dejando fuera del debate una controversial postura de una libertad graduada. De igual manera, si se admite una determinación, pues de hecho no hay cabida para la libertad en los términos en los que hablamos. Vemos la claridad con la que se presenta esta relación de oposición, o bien es lo uno o lo otro, mientras se defiende una posición se refuta la otra. En el caso de la segunda relación, la de libertad y responsabilidad la cuestión se complica bastante. Todo parte de la asignación de una responsabilidad a alguien ¿En qué condiciones se asume que alguien es responsable?, es un tema que inmediatamente hace eco en todo el campo de lo humano: en lo jurídico, lo filosófico, lo ético, lo organizacional, en lo familiar, en tanto estos ámbitos asumen un sujeto. Dimensionando la amplitud de las respuestas que podemos obtener de esta pregunta, nos detendremos por un momento en la idea que dice que uno es responsable de sus acciones, es decir, uno es responsable de lo que elige *libremente*, valga la redundancia. Si encadenamos esta idea a la oposición irreductible que presentamos en la primera relación que sustenta el capítulo, nos posicionamos frente a dos vías nuevamente: si soy absolutamente libre, entonces, soy absolutamente responsable, y, si estoy determinado, entonces no soy responsable de nada, pues no elijo nada. Si concebimos según esta oposición ambas relaciones, quedan resueltas de la misma manera también, es decir, o bien es lo uno o bien lo otro.

El psicoanálisis, por otro lado, nos dice que el hombre está determinado, sin embargo, como veremos, es igualmente responsable. Nos percatamos entonces del problema en el que estamos concernidos y, sin más ánimo de extenderlo en este momento, dejaremos planteado el enfoque que mantendremos en este punto. Por un lado, intentaremos dejar sentada la idea del determinismo en términos psicoanalíticos, para de allí pensar la responsabilidad e incluso la libertad que se deduce del psicoanálisis, que, como ya percibimos, exige su particularidad. Entonces, nos remitimos a algunos textos que sostienen estas ideas, primero en Freud y luego en Lacan.

2.1.1 Determinación inconsciente.

Con el propósito de distinguir una noción freudiana de determinismo, es preciso que nos dirijamos a la Psicopatología de la vida cotidiana. Si bien estamos al tanto que la Psicopatología

tiene enteramente el carácter de un trabajo de divulgación; sólo se propone, por acumulación de ejemplos, allanar el camino al necesario supuesto de unos procesos anímicos inconscientes y, no obstante, eficientes; pero evita toda consideración teórica sobre la naturaleza de eso inconsciente (Freud, 1986b, p.236).

Estamos conscientes también de que al prescindir de la profundización teórica específica que hace Freud del tema, nos ofrece la ventaja de coincidir en su alcance con esta disertación, en tanto esta no pretende más que recoger lo que dice Freud al respecto, sin la condición necesaria de presentar su demostración. Otra virtud que encontramos en el texto es que, a pesar de que en casi todas sus ediciones se agregó material nuevo, a diferencia de *La interpretación de los sueños* o de *Tres ensayos de teoría sexual*, en los que Freud hizo importantes ampliaciones y enmiendas a los datos clínicos y sus conclusiones teóricas, en la *Psicopatología* las conclusiones fundamentales quedaron sentadas desde las primeras ediciones, por lo cual mantiene su vigencia para toda la obra freudiana. Sin embargo, nos referiremos también a otros fragmentos de la obra de Freud, a sabiendas de que lo que se obtenga de ellos, nada más subraya lo que está esencialmente planteado en la *Psicopatología*.

Dejando esto en claro, sabemos que en el texto Freud se refiere a algunos hechos psíquicos para explicar sus conclusiones, a estos hechos nos referimos como operaciones fallidas. Sobre este

punto, es importante señalar que Freud ya se refiere a una operación fallida en la carta destinada a Fliess del 26 de agosto de 1898. Sin duda, el especial interés de Freud -y por ende el nuestro también- por las operaciones fallidas se debió al hecho de que estas permitían generalizar sus descubrimientos acerca de la neurosis a la vida anímica normal, entre ellos, por supuesto, la universalidad del determinismo de los hechos anímicos. Es por esta razón que abordamos el problema de la determinación inconsciente estudiando el último capítulo del libro, titulado *Determinismo, creencia en el azar y superstición: puntos de vista*.

Al comienzo del capítulo, Freud nos familiariza con los esclarecimientos que preceden en el texto y que se pueden condensar en la siguiente proposición:

Si a ciertas insuficiencias de nuestras operaciones psíquicas -cuyo carácter común precisaremos enseguida- y a ciertos desempeños que parecen desprovistos de propósito se les aplica el procedimiento de la indagación psicoanalítica, demuestran estar bien motivados y determinados por unos motivos no consabidos a la conciencia (Freud, 1986b, p.233).

Pero, para que cierta operación psíquica fallida pueda entrar en esta categoría de hechos es necesario que reúnan ciertas condiciones:

- a. No puede rebasar cierta medida, que es establecida por nuestra estimación y definida por la frase «dentro del campo de variación de lo normal».
- b. Debe poseer el carácter de una perturbación momentánea y pasajera. Es preciso que hayamos ejecutado antes de manera más correcta la misma operación o nos creamos capaces de cumplirla de manera más correcta en cualquier momento. Y si otro nos corrige, es preciso que discernamos al punto lo correcto de esta rectificación y lo incorrecto de nuestro propio proceso psíquico.
- c. Si llegamos a percibir la operación fallida, no registraremos en nuestro interior nada de una motivación de ella; más bien estaremos tentados de explicarla como una «desatención» o una «casualidad» (Ibid., p.233).

A través del establecimiento de estos criterios, inferimos un esfuerzo de Freud por limitar el alcance de sus reflexiones a los llamados hechos psíquicos, donde es posible rastrear una motivación inconsciente y de esta manera deslindarse de, por ejemplo, una explicación psicológica a partir de una lesión orgánica.

Al entrar al terreno de los hechos psíquicos, Freud critica la acción de desechar alguna operación psíquica porque es imposible esclarecerla mediante representaciones-meta -una ocurrencia aparentemente al azar, por ejemplo-, lo que ocurre es que se desconoce el alcance del determinismo en la vida anímica, que tiene un alcance mayor al que se creería. Por lo tanto, Freud se apega a la tesis de que nada de lo que es compuesto deliberadamente y mediante un supuesto libre albedrío es un absurdo, lo cual es demostrado por él para las ocurrencias al azar de números o de nombres, que evidencian someterse a un estricto determinismo. Para dejar en claro sus elucidaciones al respecto, Freud se detiene en el análisis de algunos casos de números y palabras aparentemente elegidos al azar por la conciencia y que tras análisis develan su determinación inconsciente, poniendo en evidencia los complejos caminos asociativos, como de “sentido y de sonido” (Ibid., p.245), que determinan aquello que, aparentemente, surge deliberadamente en la conciencia. Como consecuencia, la tesis central que leemos en este trabajo es la siguiente: no existe nada en lo psíquico que no esté determinado y, más precisamente, determinado inconscientemente.

Una conclusión importante a la que llega Freud es que el trabajo psíquico peculiar que da lugar tanto a las operaciones fallidas como a las imágenes del sueño recapitulan en su mecanismo el mismo modo esencial de funcionar que los síntomas psiconeuróticos. Esta conclusión despierta un interés particular porque, si bien Freud se ocupa de los casos “patológicos más graves” muchas veces, lo que se aprecia en el examen de las operaciones fallidas, es que estas conclusiones se extienden para todos, en tanto todos somos un tanto neuróticos. Si bien las intensidades varían de acuerdo con cada caso, el carácter común en todos los casos es que las acciones fallidas y casuales se remiten a algún material psíquico no sofocado completamente que, esforzado a desalojar la conciencia, no ha sido despojado de toda su posibilidad de expresarse.

Pero Freud nos advierte que las ideas que sustentan el determinismo psíquico no pueden sino enfrentarse a las críticas que se lanzan desde la convicción de la existencia de una voluntad libre. Para Freud, es legítimo sostener el sentimiento de convicción de la voluntad libre, en tanto se introduzca la distinción entre una motivación desde lo consciente y una motivación desde lo inconsciente, premisa importantísima cuyo desarrollo nos serviría de pivote para precisar el lugar de la “voluntad” en la teoría freudiana. Si, por ejemplo, en nuestro sentimiento de

convicción nos damos cuenta de que la motivación consciente no alcanza a todas nuestras decisiones motrices, entonces, estos otros dominios deben tener una motivación de otro lugar, es decir de lo inconsciente.

De igual modo, Freud saca a relucir el “poco respeto” que se tiene ante un hecho psíquico, como ocurre con las asociaciones que se producen al momento de preguntarle a alguien acerca del sentido de su operación fallida. Este se evidencia al momento en que, al decir que cuando a alguien se le viene determinada ocurrencia, se dice que bien podría haber dicho cualquier otra cosa. Para Freud, esto es prueba de que quienes se resisten a las conclusiones que encuentra justamente el psicoanálisis “abrigan en su interior la ilusión de una libertad psíquica y no quieren renunciar a ella” (Freud, 1978, p.43). Pues para Freud, la creencia en la libertad y en la arbitrariedad psíquicas -creencia “acientífica” según sus propios términos- “debe ceder ante el reclamo de un determinismo que gobierne también la vida anímica” (Freud, 1978, p.96) que licite una aproximación científica.

2.1.2 Responsabilidad de lo inconsciente

Para entender la visión de Freud acerca de la responsabilidad de lo inconsciente nos basamos en el texto Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto (Freud, 1984a), específicamente al segundo ensayo de este pequeño texto llamado La responsabilidad moral por el contenido de los sueños.

Primeramente, Freud empalma el tema de este breve texto con el capítulo introductorio de La interpretación de los sueños, “La bibliografía científica sobre los problemas del sueño”, en el que expone las reacciones de los autores frente al contenido penoso de los sueños, que a menudo se contraponen a la sensibilidad ética del soñante. “La naturaleza inmoral de los sueños ha proporcionado, como es comprensible, un nuevo motivo para desmentir el valor psíquico del sueño” (Freud, 1984a, p.133), ya que si el sueño es un producto que carece de sentido de una actividad anímica perturbada,

entonces no estoy compelido a asumir la responsabilidad por su contenido aparente. Pero, para Freud, el problema de la responsabilidad por el contenido manifiesto del sueño ha sido

desplazado e incluso eliminado gracias a los esclarecimientos de la interpretación de los sueños. Veamos por qué.

Sabemos ya que el contenido manifiesto del sueño es una fachada nada más, y que en el momento en que nos referimos al contenido del sueño, estamos considerando el contenido de los pensamientos preconcientes y el de la moción de deseo reprimida. Sin embargo, la fachada abiertamente inmoral de algunos sueños plantea un problema; si, en efecto, los pensamientos oníricos latentes deben pasar por una censura rigurosa antes de ser contenido manifiesto, entonces ¿cómo es posible que la censura fracase frente a los sueños manifiestamente inmorales?

Para responder, Freud dice que hay que someter a estos sueños a la interpretación, de esta manera se encontrará que algunos de ellos no despiertan el trabajo de la censura porque en realidad no intentaban nada “malo”, serían “alardeos inocentes, identificaciones que quieren disimularse tras una máscara; no fueron censurados porque no decían la verdad.” (Freud, 1984a, p.134). Pero, en otros casos, que serían la gran mayoría, si intentan lo que proclaman, lo que quiere decir que no experimentarían la desfiguración de la censura. En estas situaciones “la censura omitió su actividad, se percató demasiado tarde y el desarrollo de angustia es ahora el sustituto de la desfiguración ausente” (Freud, 1984a, p.134) e inclusive en algunos casos, está ausente esta exteriorización de afecto o bien goza de aquella tolerancia en el estado de vigilia que se encuentra en un ataque de furia o en fantasías de todo tipo.

Pero nos enteramos que el interés que suscitan las particularidades de los sueños manifiestamente inmorales pierde fuerza en tanto el análisis muestra que la mayoría de sueños revelan tras su interpretación ser cumplimientos de mociones de deseos inmorales igualmente y son muchos más frecuentes que los que se muestran abiertamente inmorales. Entonces, la pregunta que interesa realmente es la siguiente: “¿debemos asumir la responsabilidad por el contenido de nuestros sueños?” (Ibid., p.134).

A consecuencia de las elucidaciones del psicoanálisis acerca del trabajo del sueño, la cuestión se presenta totalmente distinta a la que planteaban los autores que anteriormente se ocuparon del sueño. Freud afirma que “uno debe considerarse responsable por sus mociones oníricas malas” (Ibid., p.135) porque si se acepta que el contenido del sueño es una parte del ser de cada

uno entonces se debe asumir la responsabilidad de la totalidad de su contenido, al margen de que sea bueno o malo según la clasificación de un criterio social. Y si se argumenta que aquello que es desconocido o inconsciente no tiene lugar en el “yo”, entonces no se han aceptado las conclusiones del psicoanálisis y “acaso la crítica de mis prójimos, las perturbaciones de mis acciones y las confusiones de mis sentimientos me enseñan algo mejor” (Ibid., p.135).

Pero, al introducir el yo, Freud hace una precisión. Si se dice que, en el sentido metapsicológico, aquello reprimido no pertenece al “yo” -si se supone un hombre moralmente intachable- sino que pertenece a un “ello” sobre el que se asienta mi yo. Pero aquel “yo” se desarrolla desde el “ello” y “forma una unidad biológica con él” (Ibid., p.135), que es una parte periférica nada más que ha sido modificada. Por lo tanto, está sometido a sus influjos y obedece a las incitaciones que parten él, lo que hace insostenible una división entre el yo y el ello.

Como conclusión, Freud determina que cada uno se encuentra obligado a hacerse responsable de aquel contenido de algún modo, planteando un duro problema tanto en el ámbito judicial como para el psicoanálisis mismo: ¿Qué quiere decir ser responsable de lo inconsciente?

2.2 La responsabilidad subjetiva en Lacan

2.2.1 Determinación del sujeto

Para comenzar a construir una noción de determinación del sujeto en Lacan, revisaremos sobre todo El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (Lacan J., 2003). Este breve aporte fue compartido un 17 de julio de 1949. Recordemos que esta innovación lacaniana pretendía resolver el antiguo enigma antropológico del traslape entre naturaleza y cultura, a la vez que lleva consigo las primeras referencias que hace Lacan al trabajo de Lévi-Strauss, vital para entender el “paso” de lo imaginario a lo simbólico en toda su teoría.

La intención de Lacan con este trabajo es utilizar su concepción del estadio del espejo para reflexionar acerca de lo que esta muestra sobre la función del yo (je) en la experiencia psicoanalítica, que es una experiencia que se opone a toda la filosofía heredera del cogito y a las teorías organicistas del psiquismo.

Allí, Lacan recuerda la característica del comportamiento de la que había partido, apoyándose de la psicología comparada, experiencia que retomamos rápidamente: “la cría de hombre, a una edad en que se encuentra por poco tiempo, pero todavía un tiempo, superado en inteligencia instrumental por el chimpancé, reconoce ya sin embargo su imagen en el espejo como tal” (Lacan J., 2003b, p.86). El acto de reconocerse en el espejo conlleva una serie de gestos con los que el niño experimenta jubilosamente la relación de los movimientos que asume de la imagen con su medio reflejado, es decir de su propio cuerpo con los otros y con los objetos alrededor. Esta experiencia, según el sentido que tiene para Lacan, tiene lugar desde los seis meses hasta los dieciocho meses de edad.

Además, esta experiencia debe entenderse como una identificación en el sentido que el psicoanálisis le da al término, es decir “la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo imago” (Lacan J., 2003b, p.87). Sabemos que el término imago para Lacan en este periodo se define, a más de estar fundamentada según la forma de causalidad de la identificación, como una “forma definible en el complejo espacio-temporal imaginario que tiene por función realizar la identificación resolutive de una fase psíquica” (Lacan J. , 2003b, p.178). Este momento en que el niño es aún incapaz de controlar su motricidad y es dependiente del otro para su sobrevivencia, manifiesta una situación ejemplar de la matriz simbólica en la que el yo (je) se precipita en una forma primordial, ya que ocurre antes de que se objetive en la dialéctica de la identificación con el otro y antes también de que el lenguaje le ubique en su función de sujeto, es decir, se forma en base a una identificación primordial con la imagen que asume como suya. Esta forma precipitada del yo es designada por Lacan como yo-ideal, en el sentido en que es el “tronco de identificaciones secundarias, cuyas funciones de normalización libidinal reconocemos bajo ese término” (Lacan J., 2003b, p.87).

Por lo tanto, la experiencia del estadio del espejo sitúa la instancia del yo antes de cualquier determinación social, además de ser esencialmente ficcional e irreductible por el individuo, porque la imagen total le es dada como gestalt, lo que quiere decir que es una forma en exterioridad que más que constituida es constituyente. Esta forma externa, ajena, estabiliza su experiencia, en oposición a la turbulencia con que se experimenta a sí mismo.

Consecuentemente, esta gestalt, simboliza la permanencia mental del yo a la vez que funda su condición enajenadora.

El campo de la biología da testimonio de los efectos de una gestalt sobre el organismo, como lo muestra la experimentación de la relación entre la maduración sexual de las palomas o el caso del grillo peregrino. Esta relación es particular para el hombre por una cierta prematuración específica de su nacimiento, conocida por los embriólogos como *fetalización*, que consiste en “la prevalencia de los aparatos llamados superiores del neuroeje y especialmente de ese córtex (...) el espejo intraorgánico” (Lacan J., 2003b, p.87). Esto determina que el desarrollo del hombre sea un drama que va desde la insuficiencia a la anticipación, y el sujeto en este intervalo es apresado en la ilusión de la imagen de la identificación, que se forma desde una imagen fragmentada del cuerpo, hasta una forma “ortopédica” de su totalidad que luego llegará a ser aquella identidad enajenante que encuadrará todo su desarrollo mental. Esta condición debe considerarse entonces como ligada a la especie, el paso mismo entre naturaleza y cultura, que se da en una forma primordial incluso antes de la identificación con otro y antes aún de que el lenguaje le establezca como sujeto, como ya se dijo. Entendemos entonces por qué Lacan define en otro lugar a la identificación como la causalidad psíquica misma (Lacan J., 2003a).

Cuando el estadio del espejo termina a consecuencia de la identificación con el imago del otro y la experiencia de los celos primordiales, se inaugura la dialéctica que ligará al yo (je) con situaciones sociales. Es en este momento en que la mediatización del deseo por el deseo del otro se instaaura, y en el que los objetos del deseo se plantean equivalentemente a causa de la rivalidad con el otro. Es entonces también cuando el yo (je) se configura como aquel aparato que se defiende de los impulsos de los instintos a pesar de corresponderse a la maduración natural.

Bajo estos fundamentos, y en crítica abierta al existencialismo, Lacan se opone a la concepción del yo como asentado sobre el sistema percepción-conciencia y organizado según el principio de realidad. Según lo que plantea Lacan, el sujeto es originalmente siervo, causado en una experiencia original que no elige y por lo tanto su responsabilidad como sujeto debe pensarse, si es que se puede, abandonando una idea de *self-sufficiency* de la conciencia.

Pero sabemos que la cuestión de la determinación del sujeto no se queda allí para Lacan, sino que podemos verla renovarse al momento en que es ubicado en su función según la dialéctica

que lo inaugura en la estructura del lenguaje. De este segundo momento determinante hablaremos ahora. No obstante, antes nos conviene mencionar que estamos al tanto de que el texto al que nos referiremos en la siguiente sección fue presentado 10 años después del grupo de textos que venimos trabajando y que, consecuentemente, responde a un momento en que Lacan ya produjo la revisión que la función simbólica exigía del esquema óptico del estadio del espejo. Aquí no contemplaremos estas modificaciones ni sus consecuencias, ya que hacerlo significaría extraviarnos de los objetivos de la disertación. Pero nos compete decir que este salto que hacemos al incluir este texto está dado con la seguridad de que este texto resume y sostiene claramente la idea de que *después* de la entrada a la servidumbre “imaginaria” del estadio del espejo, viene la servidumbre de la determinación significativa.

El trabajo al que nos referimos se encuentra en el seminario X de Lacan, sobre la angustia, específicamente el acápite titulado La angustia signo del deseo (Lacan J., 2006). Lo que nos interesa de este texto es aquello que dice acerca de la introducción original de un significante, el significante más simple, es decir, el rasgo unario.

Lacan comienza por explicar que la singularidad del rasgo es lo que el hombre hace entrar en lo real, a pesar de lo real, pero antecediéndole. Esto determina que desde siempre el hombre tenga que arreglárselas con esta condición, que entre este y lo real está el campo significativo, “porque ya fue con este aparato del rasgo unario como se constituyeron como sujetos” (Lacan J., 2006, p.31). Para explicar la función del rasgo unario Lacan nos remite a la fórmula hegeliana “el deseo del hombre es el deseo del Otro” (Lacan J., 2006, p.31), pero dejando en claro que da un salto con respecto a Hegel en lo relacionado a la función del deseo. Recuerda que, en Hegel, “en lo referente a la dependencia de mi deseo respecto del deseante que es el Otro, con lo que me enfrento, de la forma más segura y articulada, es con el Otro como conciencia. El Otro es aquel que me ve” (Lacan J., 2006, p.32). Lacan, por otro lado, tiene una posición distinta acerca del deseo y el Otro, por lo que se concentra en hacer una oposición global entre el deseo Hegeliano y el suyo. Para Hegel, el Otro es aquel que me ve y esto da inicio a la lucha en el plano de lo que llama el puro prestigio y es allí donde mi deseo está concernido. Para Lacan, el

Otro está allí como inconsciencia constituida en cuanto tal. El Otro concierne a mi deseo en la medida de lo que falta. Es en el plano de lo que le falta sin que él lo sepa donde estoy concernido

del modo que más se impone, porque para mí no hay otra vía para encontrar lo que me falta en cuanto objeto de mi deseo. Por eso para mí no sólo no hay acceso a mi deseo, sino tampoco sustentación posible de mi deseo que tenga referencia a un objeto, cualquiera que sea, salvo acoplándolo, anudándolo con esto, el sujeto barrado (S/), que expresa la necesaria dependencia del sujeto respecto al Otro en cuanto tal (Lacan J., 2006, p.32).

El Otro, en la enseñanza de Lacan, es el lugar del significante. En el sentido lacaniano, el deseo de deseo también es el deseo del Otro, pero de una manera más abierta por una mediación que en Hegel. Para entender el deseo según sus términos Lacan utiliza la siguiente fórmula:

$$\text{Fórmula n° 2}$$
$$d(a) < i(a): d(\mathbb{A})$$

Figura 16: Fórmula del deseo en sentido lacaniano (Ibid., p.33).

Así, plantea la relación del deseo del Otro, $d(\mathbb{A})$, con la imagen soporte de este deseo, escrita como $i(a)$, “este deseo es deseo en tanto que su imagen-soporte es el equivalente del deseo del Otro” (Ibid., p.34), entonces los dos puntos plantean una equivalencia de los términos. Ahora bien, el Otro está escrito como \mathbb{A} tachado porque es en el Otro donde el deseo se caracteriza como falta. El término objeto a , que es el objeto que se desea - debido a la hipótesis del inconsciente- puede ser el sujeto como objeto, afectado por el deseo, y, como está marcado por la finitud de la falta del sujeto del inconsciente, puede ser deseo finito. Aparentemente este deseo es indefinido, porque puede llenarse de diversas maneras, pero, Lacan apela a la clínica cuando dice que los analistas saben que no se la llena de “cien maneras”, es decir no es indeterminado¹³.

Según esta lógica, la postura de la infinitud del deseo debe ser replanteada. Esta falsa infinitud se sostiene de la clase de metonimia que, en relación con el número entero, se llama recurrencia. Pero lo que demuestra la experiencia de Lacan, o la del psicoanalista, es que la sucesión de los elementos significantes siendo distintos, no agota la función del Otro.

¹³ El significante, como *la carta robada*, tiene un recorrido que le es propio.



Primer esquema de la división

Figura 17: esquema de la división del Otro como lugar del significante y el sujeto todavía no existente (Ibid., p.36).

Lacan utiliza la ilustración precedente para comprender estas relaciones, ilustración que nos presenta dos columnas en las cuales se opera una división. Al principio está A, el otro originario como lugar del significante y al otro S, el sujeto que todavía no existe, que se encuentra determinado por el significante. El sujeto, que depende del Otro, se inscribe como cociente y está marcado por el rasgo unario del significante. Pero en la división hay un residuo. “Ese resto, ese Otro último, ese irracional, esa prueba y única garantía, a fin de cuentas, de la alteridad del Otro, es el a” (Ibid., p.36), por esta razón el sujeto tachado por la barra del significante y el a minúscula, aquel residuo, están del mismo lado, el lado que Lacan denomina el lado objetivo de la barra, el lado del Otro. El fantasma que apoya el deseo está totalmente del lado del Otro. Lo que está al otro lado, es lo que constituye al sujeto como inconsciente, es decir A tachado, “el Otro en la medida en que yo no lo alcanzo” (Ibid., p.36).

Con lo que nos aporta este texto pretendemos haber abordado de una manera conveniente la “segunda” determinación del hombre, en tanto está sujeto al Otro -lugar del significante- desde la introducción de un significante original. Tras este breve repaso creemos dejar sentada con seguridad la idea de una determinación absoluta del sujeto en psicoanálisis, en la medida en que abordamos lo que entendemos por la noción de determinación en la obra de Lacan.

2.2.2 La función de libertad

Luego de tratar la idea de determinación en Lacan y sintiendo que nos acercamos más al problema central del capítulo, es momento de tratar aquello que a nuestro entender nos permite

acercarnos más al problema de la responsabilidad planteada desde el psicoanálisis “lacaniano”. Por lo tanto, emprenderemos esta tarea revisando algo -no todo, evidentemente- de lo que Lacan puede decirnos acerca de la libertad. Para ello nos dirigimos al seminario XI, sobre los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (Lacan J. ,2010).

Nos detendremos específicamente en las elucidaciones del acápite llamado El sujeto y el otro: alienación, que trata un momento en que Lacan, hablando de la pulsión, se interesa por las operaciones de la realización del sujeto en su dependencia significativa respecto del Otro.

Para encaminarnos en esta tarea, Lacan nos recuerda que todo surge de la estructura del significante, estructura que se basa en la función de corte, o como Lacan la articula en ese momento, función topológica del borde que como veremos tiene una estrecha relación con lo que venimos tratando cuando hablamos de la determinación significativa del sujeto.

La relación del sujeto con el Otro se engendra toda en un proceso de hiancia. Si no fuese por esto, lo tendríamos todo a la mano -las relaciones entre los seres en lo real (...) podrían generarse en términos de relaciones inversamente recíprocas. Este es el empeño de la psicología y de toda una sociología (...) el psicoanálisis muestra que la psicología humana pertenece a otra dimensión. (Ibid., p.214-215).

Para Lacan, al introducir una definición satisfactoria de inconsciente, el psicoanálisis muestra que los hechos de la psicología humana no pueden comprenderse sin antes establecer la función del sujeto definido como efecto del significante, es decir determinado allí en el campo del Otro. Pero es preciso mencionar que estos hechos están articulados circularmente -más adelante comprobaremos la importancia de tener clara esta condición- entre el sujeto y el Otro, pero no son recíprocos, son esencialmente asimétricos.

Lacan nos advierte entonces que estamos introduciéndonos a un terreno con una lógica que no se nos puede escapar. Nos dice que la ambigüedad que tiene el signo lingüístico está en el hecho de que representa algo para alguien. Ese alguien es una figura lógica en la que puede entrar cualquier cosa, mientras que, por otro lado, un significante representa a un sujeto para otro significante. Por producirse en el campo del Otro, el significante hace surgir el sujeto de su significación, pero en tanto es significante, reduce al sujeto a no ser más que un significante, “petrificándolo con el mismo movimiento con que lo llama a funcionar, a hablar, como sujeto”

(Ibid., p.215). Esta es la pulsación temporal en la que se funda lo característico del punto de partida del inconsciente como tal, es decir, el cierre.

Lacan nota que Jones había señalado este punto, asociándolo con el término *afanisis*, pero confundiéndolo con el temor de ver desaparecer el deseo. Para Lacan, la afanisis es más radical, “debe situarse (...) en el nivel donde el sujeto se manifiesta en ese movimiento de desaparición que calificué de letal (...) denominé este movimiento el *fading* del sujeto” (Ibid., p.215). Nos encontramos nuevamente con la idea esencial de la constitución del sujeto en el campo del Otro, “si se le capta cuando nace en el campo del Otro, lo característico del sujeto del inconsciente es que está, bajo el significante que desarrolla sus redes, sus encadenamientos y su historia, en un lugar indeterminado” (Ibid., p.216). ahora bien, ¿de qué se trata entonces esta indeterminación? Tiene que ver con la idea de que la interpretación no está abierta a todos los sentidos, sino a una secuencia de significantes, pero “el sujeto, en efecto, puede ocupar diversos sitios, según el significante bajo el cual se le coloque” (Ibid., p.216).

Para aclarar la articulación del sujeto con el Otro, y elaborar lo que viene sosteniendo, Lacan se ocupa de dos operaciones inherentes a esta relación. Estas están organizadas según un proceso circular o de borde, según nos lo explica Lacan apoyándose en el siguiente gráfico:



Figura 18: Rombo empleado como algoritmo de las dos operaciones que fundan la relación del sujeto con el Otro (Ibid., p.217)

Este rombo es un borde funcionando, dotado de una dirección vectorial inversa a la de las manecillas del reloj. La “v” de la mitad inferior es el *vel* constituido por la primera de las operaciones que funda al sujeto, es decir la alienación.

La alienación consiste en ese *vel* que condena (...) al sujeto a sólo aparecer en esa división que he articulado lo suficiente, según creo, al decir que si aparece de un lado como sentido producido por el significante del otro aparece como *afanisis* (Ibid., p.218).

Pero el uso que Lacan hace del vel debe ser diferenciado de otros usos que tiene. Apoyándose en la lógica simbólica, Lacan advierte sobre la operación denominada como reunión. Hablando de conjuntos, sumar dos conjuntos es distinto a reunirlos. Si en dos conjuntos existen objetos que pertenecen a ambos, reunirlos consiste en no duplicar su número. El vel que Lacan intenta articular se apoya exclusivamente en la forma lógica de la reunión y está definido “por una elección¹⁴ cuyas propiedades dependen de que en la reunión uno de los elementos entrañe que sea cual fuere la elección, su consecuencia sea un *ni lo uno ni lo otro*” (Ibid., p.219), es decir que si se produce la elección esta consiste en que, si uno se propone conservar una de las partes, la otra desaparece de todas formas.

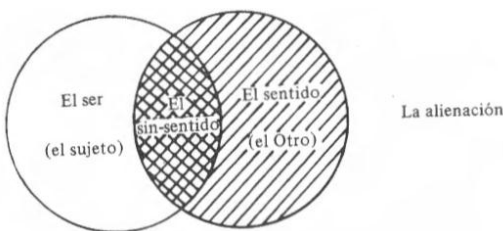


Figura 19: Lógica del vel aplicada al ser del sujeto (Ibid., p.219).

Si seguimos la ilustración vemos que, aplicada esta lógica al ser del sujeto, si escogemos el ser, el sujeto desaparece, cae en el sin sentido, porque el sujeto es representado por un significante para otro significante. Pero si se escoge el sentido, éste solo es cercenado de la porción de sin-sentido que constituye el inconsciente en la realización del sujeto. Es decir, la naturaleza de este sentido, tal como aparece en el campo del Otro, es la de ser *eclipsado* -término de Lacan- por la desaparición del ser, inducida por la propia función del significante. La consecuencia de la alienación en la interpretación es que el final de la interpretación no está en función de que se hurgue la significación, sino en alcanzar la reducción de los significantes a su sin-sentido para de esta manera encontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto, es decir aquel rasgo unario que funda al sujeto como sujeto. El *o* alienante no es una invención arbitraria, nos dice Lacan, sino que está en el lenguaje. Podemos ser testigos de aquello en el ejemplo de *¡la bolsa o la vida!* En el caso de elegir la bolsa, pierdo ambas, si elijo la vida, me quedo con una vida cercenada porque ya no tengo la bolsa. Lacan nos indica que en Hegel -evocado frecuentemente por él como ya podemos notar- vemos cómo la primera alienación a través de la cual el hombre

¹⁴ Es interesante notar que hablando del vel de la alienación, Lacan se valga de una *elección*.

emprende su camino de esclavitud es *¡La libertad o la vida!* Si el hombre elige la libertad, pierde ambas, si elige la vida tiene una libertad cercenada, interesante referencia que nos va dirigiendo a donde nos interesa.

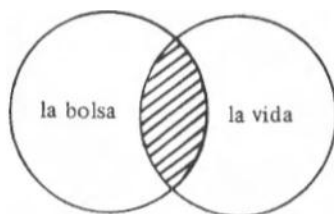


Figura 20: ilustración del vel en la primera alienación según Hegel (Ibid., p.220).

La segunda operación es la que finaliza la circularidad de la relación del sujeto con el Otro, nada más que allí se manifiesta una torsión esencial. Si la alienación está apoyada en la sub-estructura de la reunión, la segunda lo está en la sub-estructura de la intersección o producto. La intersección de dos conjuntos está conformada por los elementos que pertenecen a ambos conjuntos. Allí tiene lugar la segunda operación a la que la dialéctica conduce al sujeto, se trata de la separación.

Esta surge de la superposición de dos faltas, una que encuentra el sujeto en el Otro, “en la propia intimación que ejerce sobre él el Otro con su discurso. En los intervalos del discurso del Otro surge en la experiencia del niño algo que se puede detectar en ellos radicalmente *-me dice eso, pero ¿qué quiere?* (Ibid., p.222). Esta pregunta es producto del intervalo entre los significantes, y revela una parte misma de la estructura del significante, es la “guarida” de la metonimia, allí se escabulle el deseo.

El sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas del discurso del Otro, y todos los *por qué* del niño no surgen de una aidez por la razón de las cosas – más bien constituyen una puesta a prueba del adulto, un *¿por qué me dices eso?* Re-sucitado siempre de lo más hondo -que es el enigma del deseo del adulto” (Ibid., p.222).

Para responder a esta pregunta por el deseo del Otro, es decir por su falta, el sujeto responde con la falta precedente, es decir con su desaparición, que se sitúa en el lugar de la falta leída en el Otro. El primer objeto que el sujeto propone al deseo parental cuyo objeto desconoce es su propia pérdida. Por eso nos dice Lacan que en los niños la primera respuesta a esta consecuencia

del significante es el fantasma de su propia muerte, de su desaparición. Entonces, una falta cubre a la otra, por lo que la dialéctica de los objetos del deseo,

en la medida en que efectúa la juntura del deseo del sujeto con el deseo del Otro (...) pasa por lo siguiente: no hay respuesta directa. Una falta generada en el tiempo precedente sirve para responder a la falta suscitada por el tiempo siguiente” (Ibid., p.222-223).

Por esta razón Lacan establece a la no reciprocidad y a la torsión en el retorno como los dos elementos que caracterizan esta operación lógica fundamental.

Asimismo, Lacan plantea la separación como el camino que el sujeto halla de vuelta del vel de la alienación, porque encuentra el “punto débil de la pareja primitiva de la articulación significante” (Ibid., p.226), es decir la que resulta del significante unario que hace aparecer al sujeto primero en el Otro y por lo tanto representa al sujeto para otro significante, significante que tiene como efecto la afanisis del sujeto. Así comprendemos la división fundamental del sujeto, que, si bien aparece en algún lugar como sentido, en otro aparece como *fading*, desaparición. Lacan nos presenta este escenario como “un asunto de vida o muerte entre el significante unario y el sujeto como significante binario, causa de desaparición” (Ibid., p.226). Entonces, en este intervalo entre estos dos significantes se sitúa el deseo que permite localizar al sujeto en el discurso del primer Otro, que Lacan llama madre. Por lo tanto, el deseo del sujeto se funda en función de la localización del deseo materno, presente en lo que ese otro semejante dice y tiene efecto de sentido, ya que el deseo de la madre es desconocido. Es así como el sujeto retorna al punto inicial de la articulación con el otro, es decir, el momento afanísico.

En esta articulación de operaciones estaría en juego el “espectro” de la *libertad*, evocada por Lacan en la medida en que aparece con frecuencia cuando se habla de la técnica analítica. “Justamente, el sujeto tiene que liberarse del efecto afanísico del significante binario, y, todo bien mirado, ocurre que de eso se trata efectivamente en la función de la libertad” (Ibid., p.227). Hablando de libertad, vale recordar que Lacan ya nos dijo algo acerca de “elecciones” cuando explicaba el vel, ubicando su función en el lenguaje en el caso de *la bolsa o la vida*. Pero este ejercicio de memoria nos sirve para identificar aquella estructuración esencial por la cual se entiende que la función de libertad debe comprenderse como ficción o ilusión de libertad y por la cual también se sostiene que la interpretación en la experiencia analítica no está abierta a

todos los sentidos, como podría deducirse del hecho de que la articulación significante es nada más el vínculo de un significante con otro significante.

Al contrario, Lacan sostiene que el efecto de la interpretación es “el surgimiento de un significante irreductible (...) *non.-sensical*, hecho de sin-sentido” (Ibid., p.258), necesario para que el sujeto vea más allá de la significación, a qué significante -sin-sentido, irreductible, traumático- está sujeto como sujeto. Este significante primordial puro y sin-sentido, cancela todos los sentidos. Lacan dice que si recurrimos a la matemática, cuando el denominador es 0 en una fracción, el valor es “infinito”, asimismo, acogiendo la idea de la fracción para el significante, el significante primordial entraña la infinitización del valor del sujeto. Este valor cancela todos los sentidos, lo cual es distinto a estar abierto a todos los sentidos.

Es por esta razón que Lacan empleó la palabra libertad al referirse a la operación de alienación. “En efecto, ese significante que mata todos los sentidos funda, en el sentido y el sin-sentido radical del sujeto, la función de libertad” (Ibid., p.260). Pero, aunque este significante constituye al sujeto en su libertad respecto de todos los sentidos, “no quiere decir que no esté allí determinado” (Ibid., p.260), porque en el denominador, en lugar del cero, vienen a inscribirse significaciones dialectizadas con el deseo del Otro, que dan un valor determinado a la relación del sujeto con el inconsciente.

Ahora comprendemos mejor por qué la libertad que nos presenta Lacan es llamada ficción y función de libertad. En tanto es un momento lógico, consecuencia de la estructura, es función, que, por abrir la puerta para el escape del sujeto del efecto letal del significante, tiene que ver con la “libertad”. Pero es ficción de libertad en tanto nada de lo que tiene que ver con la función corresponde a un libre albedrío. Abre la puerta de escape que lleva nuevamente al momento lógico que le sigue, a otro significante. Por lo tanto, podemos decir que, si bien se plantea la cuestión como una “elección” en cierta medida, pues no es posible hablar de una secuencia significante predecible ni de una indeterminación del sujeto, si podemos hablar de un efecto de sentido inasible que está originalmente desplazado. Vemos la complejidad que hemos convocado al tratar de conciliar una idea de determinación y responsabilidad en el campo psicoanalítico, por lo pronto admitimos la dificultad de pensar la responsabilidad según la oposición libertad-determinación.

2.2.3 Una responsabilidad insoportable

Para franquear la dificultad planteada en la sección anterior seguiremos una interesante y reciente investigación que pone en juego varias articulaciones valiosas para la consideración de este problema. Se trata del proyecto de investigación UBACyT 2012-2014: “La libertad en psicoanálisis. Su incidencia en la concepción de sujeto y la causalidad en la obra de J. Lacan. Consecuencias clínicas y éticas”, dirigido por Pablo Muñoz. De esta investigación rescatamos algunos textos que, si bien siguen la línea general del proyecto, cada uno ofrece un recorrido específico que trabaja más diligentemente alguna articulación en particular.

En este proyecto encontramos algunas nociones que sirven de puntos firmes para el planteamiento de sus argumentos. Vemos, por ejemplo, que se sostiene la idea de que la *libertad* no es un concepto propiamente psicoanalítico, pero que necesariamente está en articulación con conceptos que si le son propios. Estas revelan que una idea de libertad en psicoanálisis debe ser construida específicamente para este campo y, por lo tanto, debe diferenciarse de las definiciones de la filosofía, de la religión, etc.

En efecto, tanto en la obra de S. Freud como en la de J. Lacan, la libertad no es un tema de elaboración sistemático ni permanente, pero en ambos autores hallamos referencias aisladas que, tomadas en su conjunto, configuran lo que podríamos llamar *un modo de pensar* la libertad, estrictamente ligado -e inseparablemente- a la concepción de sujeto que J. Lacan definió explícitamente para el psicoanálisis (Muñoz, 2012, p.557).

Pensada inseparablemente del “sujeto lacaniano”, la libertad que Muñoz lee en Lacan se nos ofrece esclarecida si nos dirigimos a la concepción lacaniana del sujeto, que se expresa como una paradoja: *sujeto del inconsciente*. Es paradoja en la medida en que este sujeto no es causa sui, sino que es efecto de la estructura del lenguaje. Pero al mismo tiempo es aquello que no se integra en la estructura, porque es agujero, falta, desgarró. Según esta concepción, el que el sujeto sea efecto de la estructura no significa que sea una “mera pieza de una maquinaria simbólica en la que cumple una función prefijada con eficacia” (Muñoz, 2012, p.557) sino que “es allí lo que falla, lo que no responde, lo imprevisible e incalculable” (Ibid., p.557). Sin duda no es la misma lógica de la determinación a la que estamos acostumbrados.

Según este desencuentro entre el sujeto del inconsciente y la estructura de la cual es efecto, Muñoz piensa una libertad, consecuentemente, de igual modo paradójal: “es una libertad marcado por ese *poco* con el que Lacan cuantifica con cierta ambigüedad a la *libertad* (...) es una libertad recortada, marcada por el determinismo (...) una libertad que no implica ninguna clase de libre albedrío” (Ibid., p.557). Como vimos, Freud ya había postulado que no hay nada en lo psíquico que no esté determinado, sin embargo, este determinismo no lo exime de la responsabilidad de sus actos. Por lo tanto, responsabilidad subjetiva viene a expresar la idea de que, si bien hay determinismo inconsciente, también hay responsabilidad. Siguiendo a Freud, esto querría decir que a pesar de que en psicoanálisis se trata de un sujeto que no es señor de sí mismo, aun así tiene que reclamar propiedad frente a aquello que lo determina. Aquello es también “suyo”, tiene la naturaleza de “una propiedad impropia, pues para el sujeto del inconsciente lo propio y lo impropio se continúan en una relación que cabe designar como moebiana” (Ibid., p.558). Interesante introducción de la topología del sujeto, que nos sirve para figurarnos una responsabilidad ya no del individuo, sino del sujeto, subjetiva, sujeta.

Pero ¿cómo se sostienen estas formulaciones paradójales? La respuesta que encontramos en esta investigación parte del aforismo lacaniano que dice que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Siendo que el sujeto del inconsciente está estructurado según un orden exterior, ajeno y que este orden contiene lo “indecible”, se abre lo que Muñoz llama un margen de libertad, que le permite al sujeto escapar a una determinación absoluta. Conclusión que se juega en términos que, en nuestra opinión, demandan una mayor rigurosidad -me refiero a los términos “determinación”, “margen de libertad” y “absoluto”- en cuanto a su alcance y condiciones de uso, por lo que no nos satisface tal como está formulada. Sin embargo, rescatamos la idea de una estructura determinante que tiene efectos impredecibles por contener algo de lo “indecible”, por ser “agujereada”.

Esta idea, la que rescatamos, nos induce a tratar de elucidar estas articulaciones a partir del deseo lacaniano, asunto que Muñoz trabaja igualmente tratando la relación libertad-deseo.

una definición adecuada de estructura, la producción del ternario imaginario, simbólico, real, la definición del sujeto como lo representado por un significante para otro significante y la postulación de una falla en la estructura del lenguaje nombrada *significante de una falta en el*

Otro, permitirán a Lacan arribar, el 3 de junio de 1964, a una nueva postulación donde el término libertad reaparece cuando afirma que el deseo es *función de libertad* (Ibid., p.558).

Si revisamos la sección anterior, recordaremos la ilustración que decidimos referir como esquema de la división del Otro como lugar del significante y el sujeto todavía no existente (Figura 17). Muñoz lee en este esquema que el orden del Otro, lugar del significante, incluye los efectos de la falla en el orden simbólico, es decir A tachada. Esto implica la imposibilidad de cierre de un universo discursivo completo, lo que quiere decir que la estructura de la que habla Lacan es una estructura incompleta, “dicho de otra manera, la falta no está solamente del lado del sujeto sino que también está del lado del Otro” (Ibid., p.558). Recordaremos también que esta relación entre el sujeto y el Otro, está articulada según dos operaciones opuestas pero inseparables, la alienación y la separación. Valgámonos de lo que lee Muñoz en Lacan con respecto a estas operaciones:

La alienación indica la constitución del sujeto en el campo del Otro como captura por el significante que, a la vez que le da la posibilidad de vivir como ser hablante, induce un efecto letal, mortífero: efecto de desvanecimiento, de petrificación en el significante. Pero no hay incidencia del Otro sobre el sujeto sin respuesta del lado del sujeto, esta respuesta instauro la incidencia del Otro, y será producida cuando en el Otro se revele inevitablemente su falta. Es el tiempo de la pregunta por esa falta, ese enigma del deseo del Otro para el cual la primera respuesta, el primer objeto que se propone es la propia falta que se localiza en él: la respuesta que afirma “puedes perderme”, que equivale a “te hago falta”, en los dos sentidos en que esta pregunta resuena. Aquí aparece lo que llama “función de libertad”; no de la libertad entendida como libre albedrío, posibilidad de hacer “cualquier cosa”, sino de “fantasma de libertad”. Así lo formula el 3 de junio de 1964 a la vez que afirma que el término “libertad” merece la calificación de fantasía. La libertad es, por tanto, fantasmática -es decir, respuesta a lo que se produce en el Otro- en el que se encarna el intento de desembarazarse del efecto mortífero -*afanístico*- del significante y hacerse un lugar. Un lugar allí en la cadena significante donde se abre el intervalo, la grieta que denota su incompletud. Es decir que a la vez que la operación de alienación se efectúa como captura del sujeto, subordinación, posibilidad de ser al precio de no ser, la separación opera función de liberación de esa captura. La función de la libertad se materializa en el *hacer-se* un lugar en la cadena significante; pero esto requiere como condición la previa captura en ella. La separación no se realiza entonces de una vez y para siempre porque,

en términos estructurales, el sujeto está siempre tomado en y por la dialéctica de la alienación y la separación. Es decir que en tanto operaciones lógicas de la causación del sujeto no operan de una vez y para siempre sino cada vez que el efecto sujeto se constituye (Ibid., p.588).

A partir del desencuentro originario entre el sujeto y el Otro, Muñoz piensa la libertad ya no como una oposición al determinismo sino más bien como una desviación de este, ¿cuánto de determinismo queda en la propuesta de Muñoz? No nos detendremos en esta cuestión por el momento. Por lo tanto, la paradoja de la libertad es concebida como un proceso de anudamiento y desanudamiento, el cual a la vez que incluye la posibilidad de “desanudarse” de una determinación absoluta implica un nuevo anudamiento. Esta lógica está presente en la fórmula lacaniana que dice que el significante es lo que representa a un sujeto para otro significante. Allí, ambas operaciones se ejecutan en simultaneidad, la alienación opera en la medida en que el sujeto ha de pasar por los significantes del Otro para ser representado, campo que le determina en su existencia, pero, inmediatamente, se manifiesta el hecho de que el sujeto no es ninguno de los significantes del Otro, por la naturaleza “agujereada” de la estructura, por lo que el efecto sujeto es arrojado permanentemente a otro momento significante (Muñoz, 2013a).

De igual manera, Muñoz critica la diada determinismo-libertad, pues la una tiene su dominio sobre el campo del objeto y la otra sobre el campo ético. El psicoanálisis quiebra la solidez de esa diada porque el sujeto no es ni se hace responsable, sino que le viene del Otro,

le es imputada, impuesta por la ley. En este sentido, si incrustamos la responsabilidad en la libertad resolvemos el problema del margen que resta, pues entonces el sujeto no es libre, ni deviene libre, ni le prometemos libertad, la libertad le es impuesta por el Otro. Paradoja de la libertad: una libertad impuesta. La elección forzada que plantea Lacan es eso mismo: forzado a elegir. La libertad, entonces, para el psicoanálisis no podrá ser causa final. La libertad se efectúa en acto cuando una palabra toma valor de tal (Muñoz, 2013b).

Es decir, el sujeto no es libre sin Otro o, en otras palabras, estamos condenados a elegir¹⁵, sin saber porque elegimos. Tal es la *responsabilidad subjetiva* que leemos para el psicoanálisis, la cual se constituye en el momento en que Freud propone la hipótesis del inconsciente. Es un

¹⁵ Que cercanos estamos del existencialismo en este punto, si no fuera por la hipótesis del inconsciente, estaríamos en la misma ontología.

término que reclama para sí la aceptación de un saber que esté perfectamente articulado a pesar de la conciencia, es decir, que sostiene lo inconsciente, y como tal no puede ser comprendido sino se reconoce la estructura lógica que Lacan construye para el psicoanálisis.

Si pensamos la famosa fórmula *Wo Es war, soll Ich werden*¹⁶ según las elucidaciones que subrayamos, nos encontramos compartiendo lo que sostiene J.M-Vappereau cuando dice que la ética del psicoanálisis es una “ética insoportable”, porque dicta decir “yo” allí donde “había inconsciente”, donde no soy amo de mí mismo, sin atenuantes para *mi* responsabilidad (Sarraillet, 2008). Hasta este punto llegamos en lo tocante a la responsabilidad subjetiva.

Conclusiones

Finalmente, tras revisar los aportes de Freud y Lacan sobre la estructura del lenguaje diremos que, por un lado, encontramos una línea teórica directa entre lo que presenta Freud en los aparatos presentados y lo que sostiene Lacan más adelante sobre la estructura del lenguaje. Por este lado, coincidimos con la postura lacaniana según la cual los conceptos freudianos toman pleno sentido sólo si están orientados en el campo del lenguaje. Si bien no reducimos el uno al otro, bien podemos ser testigos de que Freud ya concebía su hipótesis según varios principios que posteriormente fueron establecidos para la lingüística y, por esa vía, para el estructuralismo en general. Por otro lado, afirmamos que Lacan, si bien establece el rigor de su trabajo en la lingüística y la antropología estructural en los textos que trabajamos en esta disertación, funda para el psicoanálisis una teoría propia del significante, es decir una teoría psicoanalítica de la estructura del lenguaje. Repasemos las ideas que sustentan estas afirmaciones.

Las ideas freudianas presentadas en los aparatos que anuncian puntos fundamentales de la teoría lacaniana sobre la estructura del lenguaje son varias, esperamos no olvidar muchas. En primer lugar, destacamos el paso que Freud da de un método basado en lo concreto, digamos, por ejemplo, la explicación de los trastornos del lenguaje basada en la localización anatómica de funciones, hacia un método que se fundamenta en principios racionales que explican lo concreto, por ejemplo, el aparato del lenguaje. Este paso es recurrente tanto en la obra de Freud como en

¹⁶ Allí donde Ello estaba, Yo debe advenir

la de Lacan, y es, según creemos, la reivindicación de un nuevo orden de las ciencias, que tradicionalmente viene del Teetetes, tal como lo dice Lacan (2003e, p.273). Asimismo, la condición necesaria del otro, junto con el problema de la significación son ideas que reciben un trato particular en el *aparato del lenguaje* y que reclaman su desarrollo en la obra de Lacan.

El problema de la significación nos conduce asimismo a la consideración que Freud hace de ella como un enlace que para él ocurre entre el conjunto representación-palabra y el conjunto representación objeto. Allí, apoyado en la filosofía, Freud es claro en que el referente no tiene lugar en este complejo de representaciones, tal como luego es postulado en el principio de arbitrariedad o el de contingencia. Notamos que esta noción es necesaria para el establecimiento de un sistema de puros valores como lo es la estructura del lenguaje. Además, Freud llega a plantear principios de organización para estos conjuntos: el conjunto representación-palabra sigue un orden cerrado, mientras que el de representación-objeto es abierto. Creemos que estos principios guardan estrecha relación con la postulación que afirma la existencia de leyes que ordenan un contenido contingente. O, como diría Lévi-Strauss, existen un número limitado de leyes para un número ilimitado de contenidos. Asimismo, la idea de un orden abierto, característico del conjunto representación-objeto, evoca la posibilidad de “entrada” de contenido al conjunto cerrado, o como lo vemos en los otros aparatos, el de la instancia P. Si planteamos estas articulaciones, el orden cerrado, de la representación palabra, viene a estar asociado a la *memoria* o ese saber articulado que prescinde del sujeto, es decir, el lugar del Otro.

En el aparato de la carta 52, Freud presenta una idea más clara de la organización que relacionamos al conjunto representación-palabra, o las leyes estructurales que posteriormente veremos. Esta organización funciona según retrasmisiones que estratifican la memoria. La memoria, como recordaremos, guarda las huellas de los estímulos a diferencia del sistema percepción, por lo cual memoria y percepción se excluyen entre sí. Aquí se postula ya la exigencia de distintas instancias según un esquema igualmente abstracto que permiten explicar la memoria, no como la propiedad biológica, sino en los términos que exige el inconsciente.

Igualmente, en el aparato onírico, Freud explica más detalladamente los principios según los cuales se organizan los contenidos de la memoria. Por un lado, la simultaneidad para los primeros sistemas y por otro la semejanza para los sistemas más alejados. Estos principios

anticipan a los procesos de desplazamiento y condensación que, como ya sabemos, son equivalentes a los de metáfora y metonimia que propondrá la lingüística y posteriormente Lacan.

Si repasamos las condiciones particulares que Lacan concibe para el significante psicoanalítico o la estructura del lenguaje para Lacan, no está de más recordar que su postura nace del estructuralismo. Sin embargo, el significante psicoanalítico demanda un dominio propio.

La estructura del lenguaje que sostiene Lacan es esencialmente articulada, compuesta por elementos diferenciales últimos, los fonemas, que están enlazados según las leyes de un orden cerrado. El significante posee una materialidad consecuencia de sus unidades de articulación, pero en sí es única, conforma una unidad, pues es símbolo de una ausencia. Por lo tanto, no es fragmentable. Siendo símbolo de ausencia, la falta es el momento original de la determinación significante, en la medida en que por la oposición de la pareja primitiva presencia-ausencia se establece el sistema de valores donde las cosas vienen a tomar sentido. Siendo el significante esencialmente articulado, fundamento de un intervalo infranqueable, está en un continuo desplazamiento que tiene como efecto la significación. Sin embargo, por esta condición de la estructura, la significación nunca es equivalente a un elemento de la cadena, sino que es un efecto efímero, producto de las dos vertientes de la articulación significante: la metonimia, o la palabra por el todo y la metáfora, o una palabra por otra. Ambas despliegan el camino propio del significante, único medio y condición de la persistencia implacable del deseo. Esto es cuanto podemos decir a manera de conclusión acerca de la estructura del lenguaje en Freud y Lacan.

Si pasamos ahora a dar cuenta de lo que pudimos conocer acerca de los aportes teóricos de Freud y Lacan acerca de la responsabilidad subjetiva, en resumen, sería lo siguiente. Primero, aclaramos que ni Freud ni Lacan hablan de una *responsabilidad subjetiva* en sus obras, este es más bien un término que se usa en las consideraciones psicoanalíticas contemporáneas y, a pesar de las diferencias teóricas y prácticas como político-institucionales, este término viene a expresar generalmente lo mismo, a saber, que el sujeto debe hacerse siempre responsable de su malestar, de sus pensamientos, de sus quejas, etc. Muchos expresan esta idea afirmando que hay que “hacerse cargo” (Eidelsztien, 2018), no obstante, ¿qué dijeron Freud y Lacan al respecto? Como vimos, ambos coinciden en que no existe nada en lo psíquico que no esté determinado inconscientemente. Profundizamos un tanto más en la concepción lacaniana de la determinación

que a nuestro entender, marca dos momentos determinantes para el sujeto, momentos de servidumbre. Está por un lado el momento que designamos como un momento imaginario, respuesta lacaniana al paso de la naturaleza a la cultura y por ello muy cercano a una condición impuesta *naturalmente*, y por otro, un momento simbólico, es decir la inauguración del sujeto en el Otro por la marca significante original. Por lo tanto, la libertad es un imposible para el psicoanálisis. Más bien la libertad viene a ser el nombre que se le da a una ficción, producto de la relación entre el sujeto y el Otro y condicionada igualmente por la estructura del lenguaje.

Sin embargo, vimos que Freud asevera que cada uno está *obligado* a hacerse totalmente responsable de lo inconsciente, lo cual resulta inconciliable para nosotros, sino se está orientado en la lógica que impone la estructura del lenguaje. Es decir, la lógica que desbarata la igualdad entre el sujeto y el individuo e impone la relación, que cabe designar como *moebiana*, entre el sujeto y el Otro. Comprendida en estos términos, la responsabilidad no puede ser constreñida ni arrebatada a *ningún* sujeto, porque el sujeto no es causa sino efecto de la estructura. Es por esto que Freud dice que estamos obligados a hacernos responsables de lo inconsciente, porque es una responsabilidad que es le *impuesta* al sujeto, que no es reductible y por lo tanto es absoluta. Bajos estas relaciones comprendemos lo que querría decir una responsabilidad subjetiva en la teoría psicoanalítica, una responsabilidad insoportable.

Por esta razón afirmamos que la relación entre estructura del lenguaje y responsabilidad subjetiva en las obras de Freud y Lacan debe comprenderse como una responsabilidad que está dada desde la estructura y que por ende debe concebirse prescindiendo de una idea de causa primera, pues tal es la naturaleza de la estructura del significante. Es una operación que, junto con el sujeto, es patente en cada momento lógico en que opera el borde permanentemente activo que liga al sujeto con el Otro, es decir, el momento en que alguien toma la palabra. Por lo tanto, su origen es mítico, inalcanzable, tanto como la tarea que es inaugurada por Freud con la regla fundamental, tarea irrealizable, pues los límites del sujeto son los de la historia.

Recomendaciones

Las recomendaciones que podemos aportar luego de este trabajo teórico surgen del reconocimiento de la situación que se constituye al momento en que se pretende seguir los

aportes de algún autor, tanto más en una disciplina como el psicoanálisis que se ubica del lado de un nuevo orden de las ciencias. Esta situación conduce a asumir el esclarecimiento de lo que dice un autor leyendo lo que dice el autor, redundancia que nos preserva de perder el valor de lo que se propone, además de desvíos y malentendidos que no son estériles de intencionalidad, como lo dice Lacan tantas veces. En esta búsqueda por descifrar lo que alguien nos dice, *escuchándole*, nos percatamos de la importancia que tiene la indagación de los límites que lo configuran, que le dan a cualquier campo su especificidad, y la cual recomendamos enfáticamente. Nos resulta incomprensible estudiar el psicoanálisis sin reconocer sus hitos con la antropología, con la lingüística o con la filosofía. Sin ello el psicoanálisis queda despojado de su lugar en las ciencias del hombre y, por supuesto, sin este rigor, los conceptos tratados liviana o salvajemente tienden a disolverse en una especie de indistinción que promueve cierta idea de una ciencia o método universal, todo lo contrario a lo que sostiene una postura racional sincera, como creemos es el psicoanálisis. Sobre todo, recomendamos esto último, cierta sinceridad o lo que podríamos llamar también cierto amor por *la verdad*, que exige ante todo admitir que nunca se la conquista enteramente, que es de las pocas cosas a las que creemos es posible aferrarse. Con esta última recomendación develamos igualmente que nuestra tarea aquí está inconclusa, que lo que presentamos como conclusiones es un apresuramiento y que lo que aguarda este texto en último término es la respuesta de alguien que ha hecho su recorrido bajo principios similares.

Bibliografía

- Allan Poe, E. (1994). The Purloined Letter. In E. Allan Poe, *Selected tales by Edgar Allan Poe* (pp. 337-356). Londres: Penguin Books.
- Arrivé, M. (2004). *Lenguaje y psicoanálisis, lingüística e inconsciente. Freud, Saussure, Pichon, Lacan*. México: siglo xxi editores.
- Braunstein, N. (2013). *Clasificar en psiquiatría*. Buenos Aires: siglo veintiuno.
- Eidelsztien, A. (2018). *La "responsabilidad subjetiva" en psicoanálisis*. Retrieved from file:///C:/Users/Invitado/Desktop/Flash%20disertación/Disertacion/Bibliografia/La-responsabilidad-subjetiva%20Eidelsztien.pdf
- Freud, S. (1978). *Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II) (1915-1916)*. Buenos Aires : Amorrortu .

- Freud, S. (1984a). *Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1984b). *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1984c). *Palabra y cosa*. In S. Freud. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986a). *Carta 52 (6 de diciembre de 1896)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986b). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Jones, E. (1984). *Freud*. Barcelona: Salvat editores.
- Lacan, J. (1981). *El seminario de Jacques Lacan: libro 1: los escritos técnicos de Freud, 1953-1954*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2003a). *Acerca de la causalidad psíquica*. In J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 142-186). México: sigloveintiuno.
- Lacan, J. (2003b). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. In J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 86-93). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2003c). *El seminario sobre La carta robada*. In J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 5-55). México: siglo veintiuno.
- Lacan, J. (2003d). *En memoria de Ernest Jones: Sobre su teoría del simbolismo*. In J. Lacan, *Escritos 2* (pp. 676-695). México: siglo xxi editores.
- Lacan, J. (2003e). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. In J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 227-310). Buenos Aires: siglo xxi editores.
- Lacan, J. (2003f). *Intervención sobre la transferencia*. In J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 204-215). México: siglo veintiuno.
- Lacan, J. (2003g). *Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología*. In J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 117-141). México: siglo veintiuno.
- Lacan, J. (2003h). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. In J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 473-509). México: siglo veintiuno.
- Lacan, J. (2006). *La angustia, signo del deseo*. In J. Lacan, *El seminario de Jacques Lacan: libro 10: la angustia* (pp. 25-38). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan : libro 20 : aún*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). *El seminario de Jacques Lacan: libro 3: las psicosis*. Buenos Aires : Paidós.
- Lacan, J. (2010). *El Seminario de de Jacques Lacan: libro 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (2012). *El atolondradicho*. Buenos Aires: Paidós.
- Lévi-Strauss, C. (1987). La eficacia simbólica. In C. Lévi-Strauss, *Antropología estructural* (pp. 211-227). Barcelona: Paidós.
- Muñoz, P. (2012). Apuntes preliminares para una discusión sobre la concepción de la libertad en psicoanálisis. *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Buenos Aires: Facultad de Psicología- Universidad de Buenos Aires.
- Muñoz, P. (2013a). El sujeto del psicoanálisis, entre libertad y determinación. *EL SUJETO DEL PSICOANÁLISIS, ENTRE LIBERTAD Y DETERMINACIÓN. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. . Buenos Aires: Facultad de Psicología -Universidad de Buenos Aires.
- Muñoz, P. (2013b). *Paradojas del sujeto y la libertad en psicoanálisis*. Retrieved from http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862013000200017
- Sarraillet, M. I. (2008). El sujeto del inconsciente como impersonal y el problema de la responsabilidad subjetiva. *El rey está desnudo*, 17-28.
- Saussure, F. d. (1959). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada S.A.
- Whitehead, A. (1953). *Dialogues of Alfred North Whitehead*. Boston: Little, Atlantic Monthly Press.
- Zafiropoulos, M. (2002). *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938-1953)*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Zafiropoulos, M. (2006). *Lacan y Lévi-Strauss el retorno a Freud (1951-1957)*. Buenos Aires: Manantial.